

EL MUNDO

Año VI—Tomo II

México, Domingo 10 de Diciembre de 1899.

Número 24



El Presidente del Transvaal y su esposa.

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

LA SEMANA

Estos horizontes de Diciembre, con sus blancas y pesadas cortinas de brumas, sus montañas obscuras erizadas de ramazones secas y su luz triste y soñolienta, provocan en los espíritus contemplativos una de esas melancolías mansas y suaves que nos llenan de la dulce resignación de vivir.

Los grises paisajes de invierno tienen en las campiñas americanas una belleza exótica. Un camino, como un cinto de tierra húmeda y negra, entre dos filas de árboles desnudos, un llano de yerbaje marchito, sobre cuya alfombra de verde muerto, va silenciosa y pausadamente la vacada, un pedazo de jardín silvestre regado de pétalos amarillentos y podridos, una lejanía envuelta en vaho tenebroso, picado aquí y allá, por la cruz de un campanario, ó la boca cilíndrica de una chimenea, ó el espinazo rojo de un tejado, despiertan en nosotros una vaga y fantástica idea de la vida, semejante á la emoción que experimentamos recordando una vieja leyenda del Norte, dormida hace mucho tiempo en el fondo de la memoria.

He aquí el encanto que en este mes nos ofrece la tierra que no tardará en deshacerse en flores. En verdad que el invierno en México no es otra cosa que una coquetería de la Primavera, que gusta vestirse con tocas de luto y telas de matices opacos y ataviarse con gasas de niebla virgen, ó pesados mantos de brumas. Mas á través de este traje severo, cómo se adivina á la mundana pomposa y elegante, y cómo sonrío la pícaro y traviesa muchacha porentre el velo de largos y rígidos pliegues. Estos campos solos, limitados por la franja de acero de una agua inmóvil, estos campos sin figuras humanas, estos campos que se extienden como desperzándose de fastidio hasta las remotas serranías, son efímeros telones que de un momento á otro se transformarán, como en una comedia de magia, en parques luminosos, en floridas colgaduras, en guirnalda de pájaros, en aire azul, musical y deslumbrador.

¿Y de qué podemos quejarnos? Nos dan mañanas sin aurora, mañanas morenas, que no vienen vestidas de blanco como van las niñas á la primera comunión, sino, por el contrario, cubiertas en pardos mantones, como las devotas á la misa del alba; nos dan tardes frías, lúgubres, con el sol clorótico que cae sin majestad y sin fausto en la cenicienta hornaza del Poniente; pero en cambio, qué noches divinas, immaculadas, puras, empapadas de claridades misteriosas, tejidas con argentinas transparencias, de cielo tan profundo que no parece sino que, ascendiendo, se aleja á cada instante de nosotros, de horizontes tan cristalinos que en ellos los niveos y sutiles vellones de las nubes se nos figuran alas de ángeles que pasan.

Abajo no hay rosas; se han manchado y destañido las púrpuras; no hay lirios, se ennegreció la plata de las urnas; el viento, al pasar, cerró piadosamente los ojos azules de las violetas muertas y del quebrado y torcido alfiler de oro de las margaritas se desprendieron los pétalos estrujados y marchitos. No hay ramas, no hay hojas, no hay nidos, no hay pájaros que canten los salmos funerales de las flores.

Pero las flores, que no son más que las almas buenas que se cansaron del encierro de la carne, resucitaron allá arriba en el infinito cielo fulgurante, en el inmortal y sereno jardín que habitan los ensueños y riegan de lágrimas las esperanzas. Allí están meciendo sus corolas de luz al hálito suave, que sube de la tierra, de los castos suspiros y de las tranquilas oraciones. Allí están las flores hechas astros, allí están las rosas transformadas en luceros joyantes, y las margaritas vueltas temblorosas estrellas.

¡Oh, noches de Diciembre, noches puras, immaculadas y divinas!...

¡Oh, mes de las noches radiosas, mes de la Noche Buena!

En Diciembre, la humanidad se reconcilia con la alegría. Entre todas las fiestas con que el mundo civilizado celebra los grandes acontecimientos,

quizá ningunas tienen el delicioso encanto que los que nos trae el buen Diciembre.

El Carnaval es una prolongación de las saturnales; es una costumbre romana que se ha filtrado al través de los siglos y ha invadido las sociedades modernas. Los señores se confunden con los siervos, y el vicio, que se oculta dentro del abigarrado traje de chillantes tonos, autorizado por la civilización, arroja su carcajada orgiástica en la vía pública, y, beodo cínico, abraza con impúdico deseo el talle recio de las bacantes, y besa los desflorados labios de las hetairas.

El Carnaval abre la puerta de la orgía á las pasiones comprimidas, orna con rosas frescas las frentes juveniles, pone ósculos lúbricos en las bocas, toques de luz quemante en las pupilas y vino ardiente en los vasos.

El Carnaval se adorna con cascabeles, ríe y se embriaga en las oscuras barracas de los barrios, canta coplas obscenas, como los saltimbancos.

La virtud frunce el ceño, y va cerrando, con vueltas de llave, las puertas de los hogares honrados.

La Semana Santa no es una fiesta. El Cristianismo ha puesto en esa época el sello de infinita tristeza de sus ceremonias: apenas si el último día descubre el negro velo de los altares, arroja puñados de amapolas en el pórtico de las iglesias y deja flotar las nubes de incienso en el ambiente violeta de la primavera.

En Semana Santa los niños juegan y los espíritus contemplativos meditan. El cielo sonrío, las flores inundan los campos, el aire se perfuma al pasar por los bosques; pero en la ciudad las almas piadosas rezan, las músicas tocan marchas fúnebres, y la curiosidad vacía los hogares y llena los templos.

La Semana Santa es triste y es la fiesta de la primavera; y—oh contraste—la noche Buena es alegre y es la fiesta del Invierno.

Porque la Noche Buena es la fiesta del hogar, la íntima, la de las ternuras, la de las expansiones, la de los recuerdos.

¡Oh, mes de las noches azules, mes de las noches claras, mes de la Noche Buena, bien venido!

Al rededor de la mesa llena de viandas se entablan las conversaciones familiares, los diálogos que vierten, corren de boca en boca las palabras que acarician, las sonrisas que besan.

Dentro de los hogares los cuerpos se juntan y las almas se confunden.

Afuera silba el viento, parpadean los mecheros sobre las desiertas aceras, hay soledad, silencio que á veces interrumpe los ecos de músicas lejanas, y el tronar de los cohetes que rayan con parábolas de oro el esmalte bruñido de los cielos y derraman en la transparencia del aire una flora de coloridos fulgores. Afuera hay frío y tristeza.

Adentro están los ambientes tibios, los reflejos serenos, los rejocijos castos y las almas tranquilas. Adentro se hacen confidencias tiernas, se cantan villancicos, se sueñan cosas blancas. Y á un golpe de ala de la esperanza se piensa en el porvenir azul, tachonado de estrellas é infinito como el firmamento del mes último del año.

¡Fiestas de Diciembre! Bajo las arcadas de heno que despiden aromas de penetrante frescura, bajo las caprichosas arquitecturas de los farolillos venecianos, hay viejos risueños que evocan su pasado, rostros infantiles radiantes de angélica ternura y jóvenes enamorados que cuchichean.

Las músicas suenan á serenatas de mandolinas, las cuerdas heridas vibran con una dulzura extraña, como de cristal que se rompe.

Y cuando el alba prende sus florones de nácar en la cresta de las montañas cae sobre los párpados un sueño hermoso en el que van á reposar nuestras ilusiones.

¡Oh, noches de Diciembre, noches de los cielos profundos y de las fiestas apacibles!...

El Nacional cerró sus puertas: ha quedado vacía la jaula. Aún suenan en nuestros oídos los últimos gorjeos de estas aves de Italia que de cuando en cuando hacen su nido en nuestro vetusto teatro como en una vieja techumbre.

Los "dilletanti" están tristes. Que esperen un poco. Para consolarlos viene surcando el mar María Guerero.

LUIS G. URBINA.

LA VIRTUD PERNICIOSA.

Siempre que la conducta humana no va dirigida por la razón y por la ciencia, que los sentimientos é impulsos que la sugieren y la dictan no se ven contrapesados por la reflexión y el cálculo, la conducta se extravía, hierra el golpe, se desvía de su objeto y suele en la mayoría de los casos orillar á resultados contraproducentes.

El hombre obra impulsado por el instinto, aconsejado por la reflexión ó arrastrado por la pasión; de ahí que haya actos instintivos, actos reflexivos y actos pasionales.

De estos tres motores de nuestra acción, el primero es ciego y rectilíneo, el último impetuoso y turbulento; sólo el segundo es ponderado, proporcionado al resultado que se busca, adecuado al fin que se quiere alcanzar. Si el hombre quiere obrar rectamente, si aspira á que sus obras alcancen la posible perfección, si anhela el éxito y la realización de sus propósitos, no debe dejarse guiar ni por sus solos instintos ni por sus solas pasiones, y ya que no sea dable ni deseable despojarse completamente ni de los unos ni de los otros, debe ponerse á ambos el vigoroso y rígido freno de la razón y de la reflexión. Sometido á la acción del solo instinto, el hombre es un animal y á veces una simple máquina, bajo la presión de las solas pasiones es un volcán en erupción; sólo por la acción persistente de la fría razón, es propia y verdaderamente un hombre.

Instintos y pasiones se fundan y amalgaman para constituir los vicios como también las virtudes humanas; instinto y pasión son la avaricia, la lujuria, la gula; instintos y pasiones son el patriotismo, la filantropía, la caridad.

Ante esta asimilación del vicio y la virtud, con los instintos y las pasiones, sorprende en extremo que siendo común su origen y común su naturaleza, todo el mundo esté de acuerdo en aconsejar se moderen los vicios y se atenúen bajo la influencia de la voluntad, que no es sino la reflexión y la razón en actividad, y que no se aconseje lo mismo respecto de las virtudes, que también suelen necesitar gobierno y dirección, y cuyos extremos necesitan también freno porque suelen ser perniciosas.

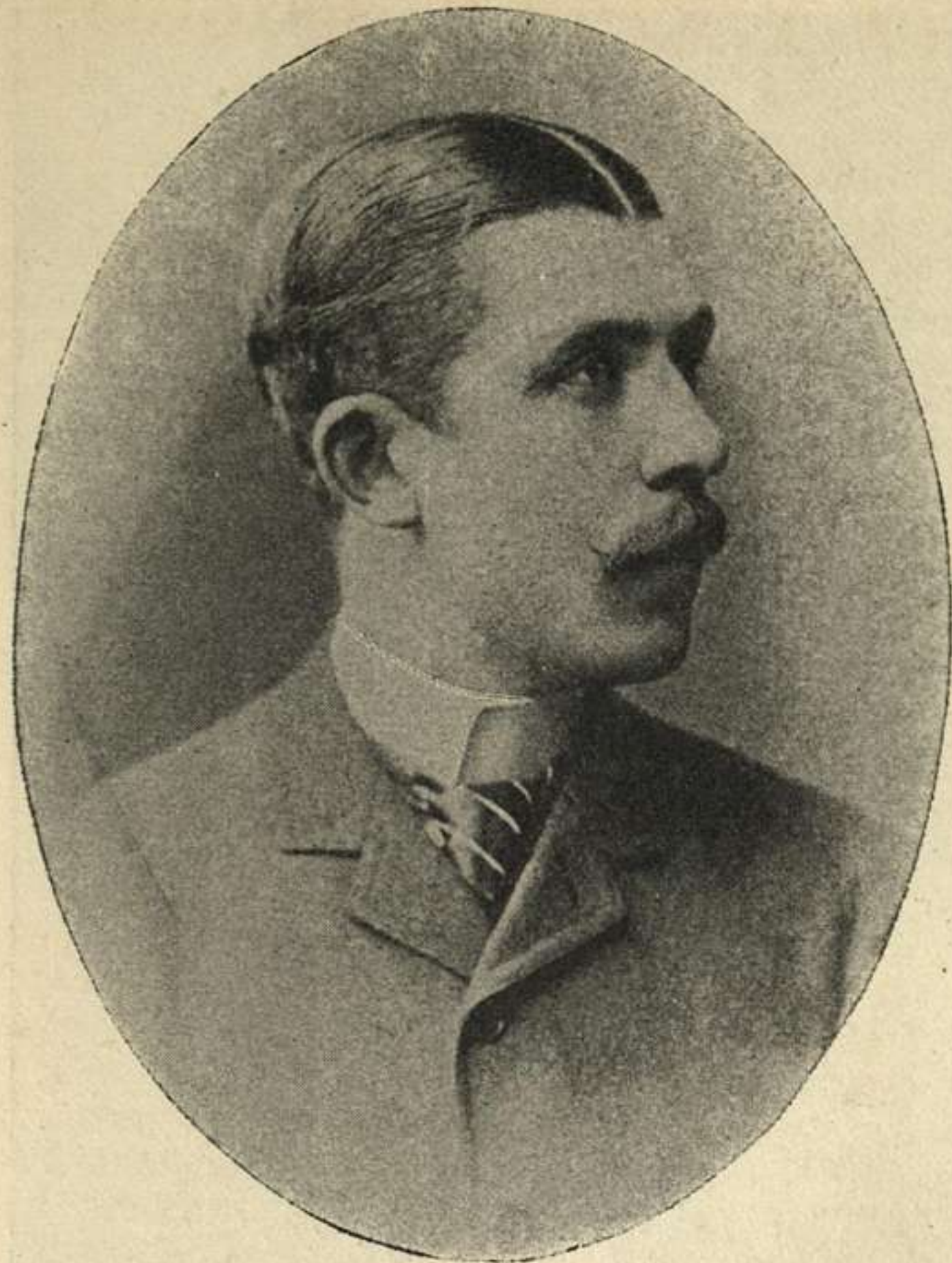
Ante la celosa ceguera de Otello todo el mundo clama y protesta; se admira estéticamente el tipo, pero el hombre resulta odioso y repugnante. Pasaríamos horas enteras en aconsejar al moro brutal un poco de sangre fría y de sentido común bastantes á restituir la rectitud á su conducta y la calma á su corazón. Si llegáramos á encontrarnos cara á cara con Harpagon le reprocharíamos su parsimonia, le haríamos reflexionar en que la *prudencia*, es decir, la razón, aconseja la economía, pero repudia la avaricia; que la pasión de poseer y el instinto de acumular, necesitan moderación y freno, y que el buen sentido basta á establecer el justo medio entre atesorar sin tasa y despilfarrar sin medida.

«Piensa en lo que haces, reflexiona en lo que intentas, calcula á lo que te expones, medita en el mal que puedes causarte y causar á los demás,» son frases que todos tenemos en los labios en presencia de los vicios, de las malas pasiones y de los ciegos arrebatos agenos y no se nos ocurre decir lo mismo y aconsejar lo mismo cuando se trata de las pasiones nobles y generosas. ¿Es, acaso, porque éstas, intrínsecamente buenas no dañan, no perjudican jamás cualesquiera que sean su grado y su exageración? Tal afirmación es insostenible ante la experiencia diaria; no hay virtud, por excelsa que se la suponga, que llevada á cierto grado de exaltación no resulte perniciosa y contraproducente, que no pueda sembrar la desolación y la ruina en la sociedad.

La caridad irreflexiva, ardiente y ciega, crea y estimula la vagancia, la pereza y el vicio y trae á los pueblos á la decadencia; el amor incondicional y sin límites de los padres á los hijos, conduce á consentirlos, á tolerar sus faltas y con ello á pervertirlos y extraviarlos; la abnegación absoluta y la sumisión sin protestas de la esposa al esposo, estimula á éste á la infidelidad y al olvido de sus deberes conyugales; el patriotismo rectilíneo, intolerante, irreductible y extremado, conduce á los pueblos á descuidar su progreso, la enmienda de sus vicios, el mejoramiento de sus condiciones materiales; la generosidad sin límites crea el parasitismo y fomenta la abyección cortesana.

No acabaríamos de señalar los estragos que en la sociedad y en el corazón de los demás hombres pueden causar las virtudes excesivas si la razón no guía su ejercicio, si la reflexión no las orienta y enfrena sus excesos. De ahí un resultado paradójico en apariencia: que puede haber hombres admirables por su virtud y execrables los por resultados de su conducta. Tal Torquemada que en su exaltación por la fe asoló la cristiandad; tal Robespierre cuyo excelso patriotismo y acendrado amor á la libertad y á los principios de justicia le hicieron crear el terror y constituir la guillotina permanente.

Tan es así, que la *sabiduría de las Naciones* encierra al lado del veneno el contraveneno, y que si tiene máximas como: «haz bien y no veas á quién,» pregona otras, temperantes y mitigadoras, como «la caridad bien entendida empieza por sí mismo.»



Sr. Barón de Moncheur,
Ministro Plenipotenciario de Bélgica.

La virtud exaltada, ciega, extática é irreflexiva, es virtud de poetas y de artistas, no es virtud de hombres prácticos, ni de pensadores serios, ni de filósofos profundos; es peculiar de niñas románticas y soñadoras, suele ser arma que se esgrime para pretender ofender sin conseguirlo, es peculiar de *patrioters* y no de patriotas, de exaltados y no de hombres circunspectos.

Se puede ser modelo de virtudes y estímulo de vicios; practicar la caridad y fomentar la pereza; sentirse inundado de patriotismo y dañar á su país; ser fanático y ser, por eso mismo, perseguidor; filántropo y dañoso, con la sola condición de que esos sentimientos sean exaltados, esas virtudes extremas, esas pasiones ciegas.

Un hombre medianamente experimentado, que haya vivido un poco, estudiado algo y esté dotado tan sólo de buen sentido tiene un modo seguro de prever si un hombre llegará ó no á ser pernicioso y dañino. Para ello le basta inquirir si los vicios ó las virtudes del individuo en cuestión son extremadas ó exageradas.

En siéndolo, no cabe ya duda, aquel ser podrá ser y será dañoso, y, modelo de virtudes, puede, sin conciencia y casi sin responsabilidad, causar graves males.

El fin del mundo en Francia

Vida nueva y nuevos propósitos.

El anuncio del próximo fin del mundo coincidió en Europa con un fenómeno de los más curiosos é inquietantes: cuatro parlamentos, el francés, el alemán, el italiano y el belga, abrieron sus sesiones á la vez. Probablemente eso era lo que hacía creer en el fin del mundo. En efecto, siempre se ha dicho que el fin del mundo sería anunciado por signos alarmantes, por perturbaciones precursoras y la reunión de tantos parlamentos realiza plenamente la profecía.

Sin embargo, la alarma era infundada: el mundo no termina aún y la noticia que iba tomando cierta consistencia no será para la mayoría de nuestros colegas sino un tema de disertación á la francesa. En Francia todo se resuelve en crónicas.

Nosotros, por nuestra parte, nos hemos propuesto observar una reserva que nuestros lectores sabrán estimar en lo que vale. No le hemos dado gran crédito á la nueva alarmante porque nos parecía difícil que un acontecimiento de tanta monta, como es el fin del mundo se produjese sin que lo anunciaran previamente *El Diario Oficial* ó á lo menos la Agencia Havas. Es imposible que el fin del mundo nos haga tronar sin que el gobierno tenga aviso y sin que á su vez nos comuniquen la nueva por algún medio oficial, estando como estamos tan interesados en el asunto. Craemos, pues, que todas las noticias que circulaban no tenían un apoyo serio, aunque por otra parte todo es posible; bien podía acabar el mundo á lo mejor é inopinadamente; tantas cosas se han visto y tantas veces se ha venido el mundo abajo!

Esta consideración determinó nuestra actitud expectante. No debe uno desmentir una cosa sino cuando está seguro de su falsedad. Suponed que hubiéramos desmentido formalmente la noticia del fin del mundo. En rigor podríamos hacerlo; los informes recogidos por los reporters, las cartas de provincia y los cablegramas del extranjero nos proporcionaban datos para afirmar que la catástrofe era improbable; sin embargo, lo improbable no es imposible y si el mundo se hubiera acabado á pesar de nuestras aseveraciones en contrario ¿cuál habría sido nuestra situación ante los lectores al día siguiente? Es cierto que aun en ese caso no habríamos quedado tan mal ante el público, pues nuestras medidas estaban tomadas de antemano á fin de dar una información completa y rápida del acontecimiento.

Será para otra ocasión. Parece que el señor de Falb, el astrónomo vienés que lanzó la noticia, se engañó de medio á medio.

Ya tendrá ocasión de vindicarse. Anunció que la tierra chocaría con un cometa: como se ve, la noticia tenía cola. Acaso el choque se verificó sin que ni la tierra ni el cometa pararan mientes; pudieron estar distraídos, preocupados. A todos les sucede eso. La tierra más que nadie, tiene motivos para andar un poco ensimismada; no hay existencia más agitada que la suya. ¿Qué mucho que no viera al cometa?

* *

Quedamos en que el señor de Falb se engañó; á menos que su error haya sido voluntario. Quién sabe si ese caballero es un filántropo y nos quiso dar algunas semanas de ilusión y hacernos palpar lo efímero de ciertas pasiones y de ciertas vanidades. Es evidente que la idea del próximo fin del mundo es benéfica. Al principio se resiste uno, pero después de reflexionar todo se acepta, porque al fin y al cabo, la catástrofe colectiva es menos dura que la muerte individual que se nos espera tarde ó temprano. Lo más penoso es la idea de la separación, la preocupación por los que se quedan cuando nos morimos; pero si todos emprendemos simultáneamente el viaje, la cosa cambia de aspecto, y el tal viaje se hace excursión de recreo. Los lamentos, el dolor, el luto son palabras sin sentido.

Pensad todo el bien que haríamos si realmente tuviéramos la seguridad del fin próximo del mundo. En primer lugar no nos preocuparía tanto el qué dirán, desaparecerían convencionalismos; ya Renan nos ha mostrado en su *Abesse de Jouarre* los felices efectos de esa libertad de la conciencia.—Todos se pondrán en paz con ella y veríamos tal vez tanto á los pueblos como á los individuos acatar, siquiera por algunos días, los grandes principios de la solidaridad y de la fraternidad que todos predicán y nadie obedece. Apuesto á que si de veras se anuncia el fin del mundo para quince días de la fecha, los ingleses reconocerían sin vacilar la independencia de los bóeros. Muchas cuestiones sociales se resolverían por sí solas y la política aparecería bajo otro aspecto.

En efecto hoy se presenta como cuestión muy grave la resistencia del gabinete á las primeras batallas parlamentarias y sus probabilidades de vida hasta la época de apertura de la Exposición. Ciertamente, más quisiera prolongar su vida hasta el fin del mundo. ¡Esa si sería una hermosa caída ministerial!

En materia de pacificación y concordia no podía tampoco inventarse nada mejor: es imposible soñar una amnistía más completa.

¡Y cuántos que no pueden llegar al término de sus aspiraciones, las colmarían si el mundo estuviese en vísperas de rendir la carga! La Academia, por ejemplo, tiene dos vacantes y sería llegado el caso, ó nunca lo será, de que los candidatos que se presentan cada vez que hay elección y que nunca son elegidos, lo fueran en esta coyuntura. Hay gentes que se contentarían con ser inmortales siquiera por una quincena.

* *

No hablo de los procesos en vía de instrucción, los cuales se juzgarían de un modo más cordial. En vísperas de una catástrofe no tendría importancia que M. Deroulede se propusiese ó no alterar el orden de cosas establecido. Hasta las cuestiones de Imperio, República ó Realeza perderían su importancia. Todos transigirían lo bastante para reconciliar los ánimos y al ser más corta la vida, viviríamos mejor. Quedamos, pues, en que el Dr. Falb es un filántropo, á menos que sea todo lo contrario, porque bien puede ser un gran misántropo. Lo cierto es que nadie conoce á ese señor Falb; nunca se había hablado tanto de él hasta que anunció el fin del mundo. Bien puede ser que al verse viejo y con la muerte encima, quisiera que los demás sintiesen lo que él siente ante el *to be or not to be*. Es un consuelo para los ancianos creer que después de su muerte vendrá el diluvio.

Ni aun los más ilustres se libran de este egoísmo, que es instintivo. Hay una graciosa anécdota de la época del sitio. Víctor Hugo, el gran poeta algo olvidado ya y á quien hace de actualidad en estos momentos la publicación de su libro «Cosas vistas,» una noche en que tenía invitados, les dió cuenta con



Sr. Celedonio C. Ortiz,
Vice-Gobernador de Sonora, en ejercicio del Poder Ejecutivo.

su solemnidad habitual, de un medio que se le había ocurrido para que terminara el sitio de París.

—Es muy sencillo, les dijo. Mañana, solo, sin armas, yo, Víctor Hugo, me dirigiré á las filas enemigas... Me expondré al fusilamiento. Caeré, herido de muerte... y el sitio habrá terminado!

—Para vd.!... le dijo tímidamente uno de los oyentes. Víctor Hugo encontró la observación irrispetuosa y tal vez lo era; pero no por eso dejaba de ser muy exacta.

El caso del Sr. Falb no es idéntico, pero cada cual cree lo que se le antoja y es muy posible que el fin del mundo esté muy próximo para el astrónomo vienés.

Por lo que hace á nosotros, parece que se nos prologa el plazo. Aprovechémoslo, sin abusar y aun procuremos ¿por qué nó? ser más justos, más tolerantes, más fraternales. Respetemos la opinión ajena, moderemos nuestros ímpetus en las polémicas, esforcémonos por ser mejores, más razonables y si lo conseguimos, ese será verdaderamente el fin del mundo!.....

EL TRANSEUNTE.

LOS PRIMEROS FERROCARRILES

No sólo las clases ignorantes, sino personas de notoria ilustración, famosos literatos, sabios estadistas y hombres de ciencia, aceptaron en un principio á regañadientes la magna invención de la locomotora, y unos en serio, otros en broma, ya abiertamente ó de manera embozada, se declararon enemigos de las vías ferreas, suponiendo que no prosperarían.

El célebre autor de *Los tres Mosqueteros*, Alejandro Dumas, hizo muy escamado su primer viaje en ferrocarril (de Bruselas á Gante), y según confesión propia, *obligado* á ello por no encontrar otro medio de locomoción. Verdad es que habían ocurrido dos descarrilamientos en aquella vía.

«Los caminos de hierro de S. M. Leopoldo I (dice) hacían de las suyas.... Como el establecimiento de las locomotoras de vapor acabó con las postas, nos vimos obligados, á pesar de aquellos dos accidentes, á tomar el camino de hierro de Gante, á riesgo de caer de cabeza en el tercero.... Los ferrocarriles serán una maravillosa invención para los comisionistas y las maletas, pero de seguro son la ruina de lo pintoresco y de la poesía.»

El famoso don Modesto Lafuente (*Fray Gerundio*), en su amenísima obra *Teatro social del siglo XIX*, puso al frente de uno de sus sabrosos artículos las siguientes líneas: «Percancillos acaecidos en los caminos de hierro en todo el pasado Julio del presente año (1846).»

A continuación enumera los desastres ferroviarios de París, Bruselas, Valenciennes, Orleans, Ipswich, etc., etc., y refiere estos percances (dice) «nada más para que sirvan de avisos saludables....» Y termina así: «Esto no obsta para que sea una delicia viajar por caminos de hierro, y más en España, donde somos tan cuidadosos y precavidos.»

A dos célebres personajes franceses, Thiers y Arago, no les entró por el ojo derecho la nueva invención. El primero decía en 1835: «Convengo en que los caminos de hierro ofrecen algunas ventajas para el transporte de viajeros, pero limitando el servicio á pequeñas líneas (sic), y eso en poblaciones de gran

importancia, como París» (?) El mismo Mr. Thiers declaró en 1842, que los ferrocarriles «sólo podrían ser utilizados... por las clases ricas,» y no se olvidó de mencionar espantosas catástrofes.

Mr. Arago, á pesar de su sabiduría, hizo fiasco en clase de profeta. Allá por el año de 1838 escribía «Pongámonos en guardia contra las fantasías en materia de locomotoras de vapor; desconfiemos de la imaginación, la loca de la casa, (como la llama Malebranche); y riámonos á todo trapo de los que creen que los ociosos ricos podrán á primera hora de la mañana marcharse á Tolón para ver aparejar la escuadra, almorzarán en Marsella, visitarán los establecimientos termales de los Pirineos, comerán en Burdeos y antes de que expiren las veinticuatro horas podrán regresar á París para asistir al baile de la ópera... Rebajen, rebajen de eso las nueve décimas, para el caso de que se lo lleve todo la trampa al primer trayecto.»

Algunos periódicos de la época, españoles y extranjeros, se declararon abiertamente hostiles y refractarios al nuevo sistema de locomoción. Decían entre otras cosas: «No hay para qué ocuparse de esos visionarios que pretenden cubrir el país de ferrocarriles y reemplazar las diligencias y postas por ese nuevo medio de transporte. ¿Hay algo más ridículo, más absurdo que sostener que una locomotora nos llevará con doble velocidad que una diligencia?»

En la misma Inglaterra, cuna de las primeras locomotoras, el entonces y doctoral *Times*, se expresaba en estos términos, algunos meses antes de inaugurar se la línea férrea para viajeros entre Stockton y Darlington (27 de Septiembre de 1825):

«Es evidente que la mayor parte de los proyectos relativos á la creación de compañías que se proponen explotar esas nuevas vías de comunicación que se llaman caminos de hierro, han sido ideados por gentes que desconocen por completo lo que es un ferrocarril. Nada menos pretenden que alcanzar por medio de locomotoras una velocidad de 16, 24... y aun 32 kilómetros por hora, y sabido es que la mayor velocidad que se ha logrado hasta ahora en las vías mineras es de 9 kilómetros.

«La perfección á que aspiran en la época futura es, pues, más que problemática. Además, las locomotoras actuales tienen un peso enorme: las que hacen servicio en la mina de Killingworth, pesan ocho toneladas, y un peso tal lanzado á la velocidad de que se habla destrozaría los carriles y la máquina y los coches descarrilarían... ¿y qué esfuerzos no serían precisos para volver á ponerlos en su lugar?»

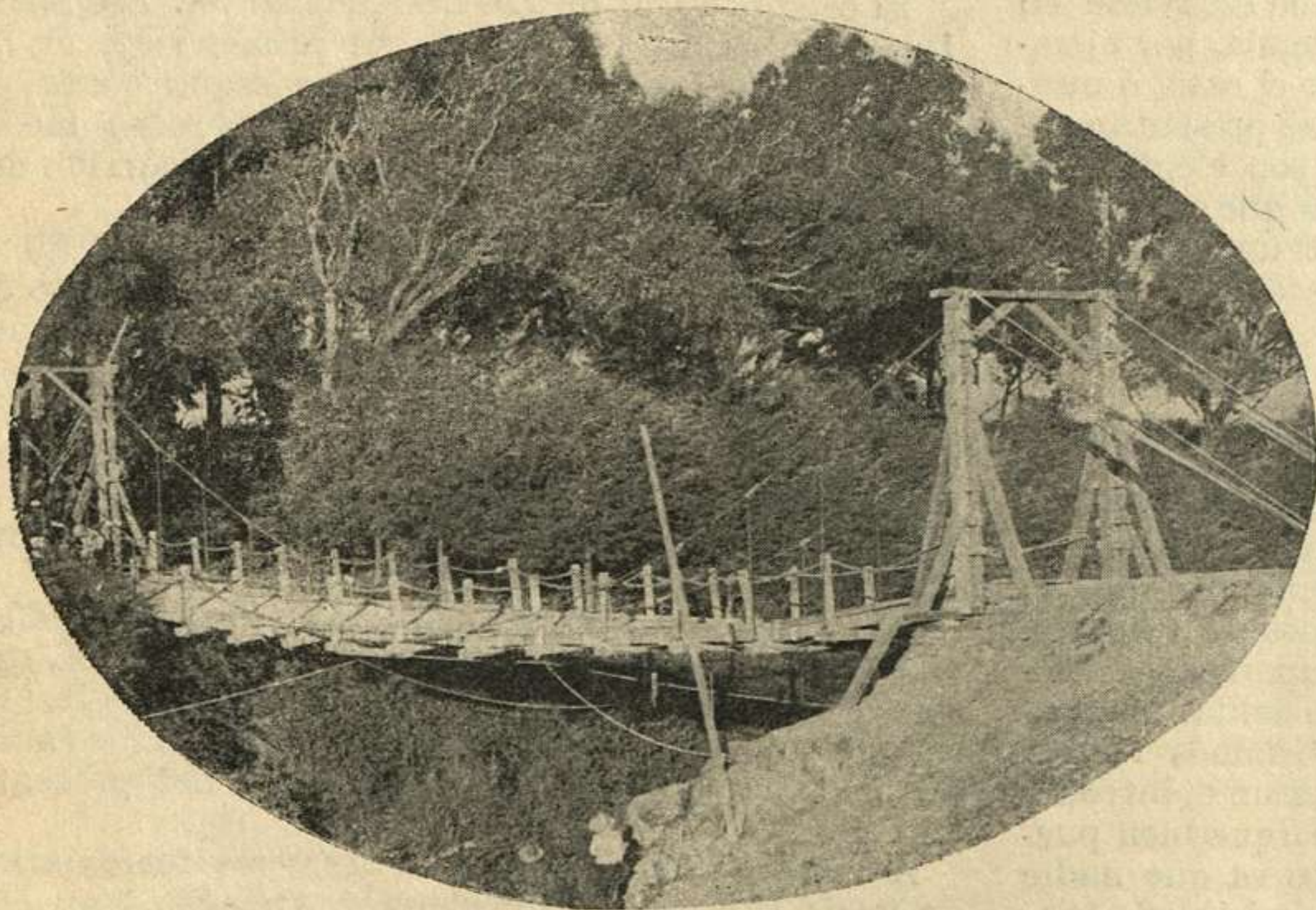
La impresión del *Times* queda sobradamente disculpada si se recuerda que los primeros ensayos ferroviarios (como todo lo que empieza) estaban erizados de dificultades, y había que luchar con infinidad de inconvenientes que poco á poco han ido desapareciendo.

Se inventaron los más absurdos sistemas... Creyendo que las ruedas resbalarían por falta de cohesión sobre la superficie del carril, propúsose que éste y aquellas estuviesen provistos de asperezas ó ranuras transversales; otros inventores, creyeron resolver el problema fabricando ruedas dentadas que encajasen en los rails, es decir, un ferrocarril de cremallera para terrenos llanos.....

Bien justificado está que la primera locomotora útil, construida por Stephenson, y que andaba sus treinta kilómetros por hora, la locomotora *Rocket* (cohetete) se conserve como una reliquia en el Museo de Kensington!



BOUGUEREAU.—La Virgen de los Angeles.



La expedición de los alumnos del Colegio Militar A SANTIAGO TIANGUISTENGO.

De gran provecho ha sido para los alumnos del Colegio Militar la expedición de este año, pues en ella hicieron grandes aplicaciones prácticas de sus conocimientos en el arte de la guerra.

El lunes 27 del Noviembre tuvo el efecto el simulacro en las inmediaciones de Santiago. En el tomaron parte con los alumnos algunas tropas que los auxiliaron en sus operaciones de práctica.

La fortificación se construyó bajo la dirección del Teniente Alfredo Gutiérrez, con el concurso de los principales alumnos que habían cursado la clase de fortificación pasajera. Aquella se hallaba en una elevada colina, cruzada por dos caminos difíciles.

Antes del simulacro, el General Villegas dispuso que los alumnos de artillería hiciesen con los cañones de batalla, Bange, y con los de montaña, Mondragón, el tiro directo é indirecto, á una distancia de 4,000 metros, observándose con gusto el resultado dado por los cañones mexicanos del Coronel Mondragón.

Estos ejercicios comenzaron á las nueve y media y terminaron á las once, teniendo los alumnos la dirección del Capitán Rafael Eguía Lis.

Los tiros más notables que se hicieron fueron los primeros de tiro directo, con cañones de batalla.

**

El simulacro comenzó á las once y veinte minutos. El Colegio comenzó á moverse, destacando su línea de exploradores, seguida de la cadena de tiradores, sostén y reserva, llevando dos piezas de artillería. Salieron los alumnos de la Hacienda de Atenco.

La columna de Zapadores había tomado el pueblo de Almoloya, de donde salió dividiéndose en dos columnas, sostenidas éstas por fuerzas de caballería.

Santiago y Calpulhuac habían sido tomados por otras fuerzas de caballería las cuales se movieron para dirigirse al punto objetivo.

Generalizado el ataque, hubo un momento en que los alumnos ganaron con rapidez la altura de la colina, en combinación con los Zapadores, haciéndose un fuego nutridísimo.

Este asalto dió por resultado la ocupación de la fortificación, la cual estaba protegida por dos piezas de montaña.

Tomada la posición, las bandas tocaron diana.

La multitud que seguía con interés todas las peripecias del asalto, prorrumpió en nutridos aplausos y en vivas al señor Presidente de la República y al señor General Villegas.

**

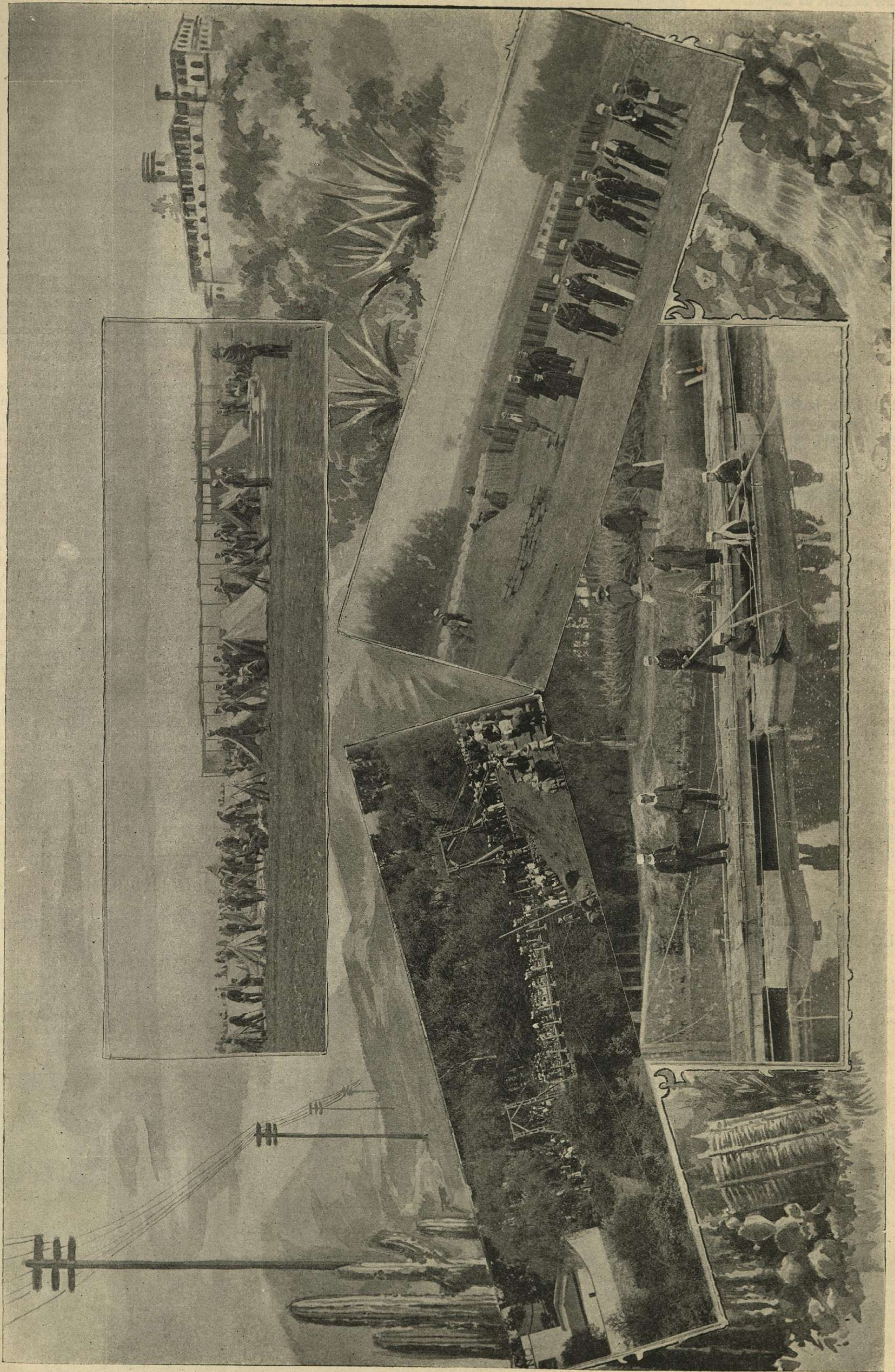
La construcción de los puentes fué muy notable. el de balsas, lo dirigió el cabo de alumnos, Gustavo Acosta, ejecutando la obra en ocho horas. Este puente se colocó sobre el río de Almoloya.

El Teniente de Ingenieros, Rodrigo García, se hizo acreedor á felicitaciones, por el puente colgante que dirigió, el primero de este género que han tenido tropas mexicanas.

Se aprovechó una barranca de quince á diez y siete metros de profundidad, y de poco menos de 35 metros de anchura.

Pasaron sobre él todas las tropas y los alumnos, y al llegar una de las piezas de batalla Bange al centro del puente, se corrió uno de los cables y aquel pareció ceder en resistencia, pero no fué así en realidad, pues el pesado cañón siguió hasta salir sin novedad.

La expedición de los alumnos del Colegio Militar



El Colegio Militar en vicac.

Puente colgante dirigido por el Teniente de Ingenieros Rodrigo García. El paso de la Artillería. — Interior de la fortificación. General Villegas, Capitán de Ingenieros que dirigió la construcción y alumnos auxiliares.

El puente de balsas.

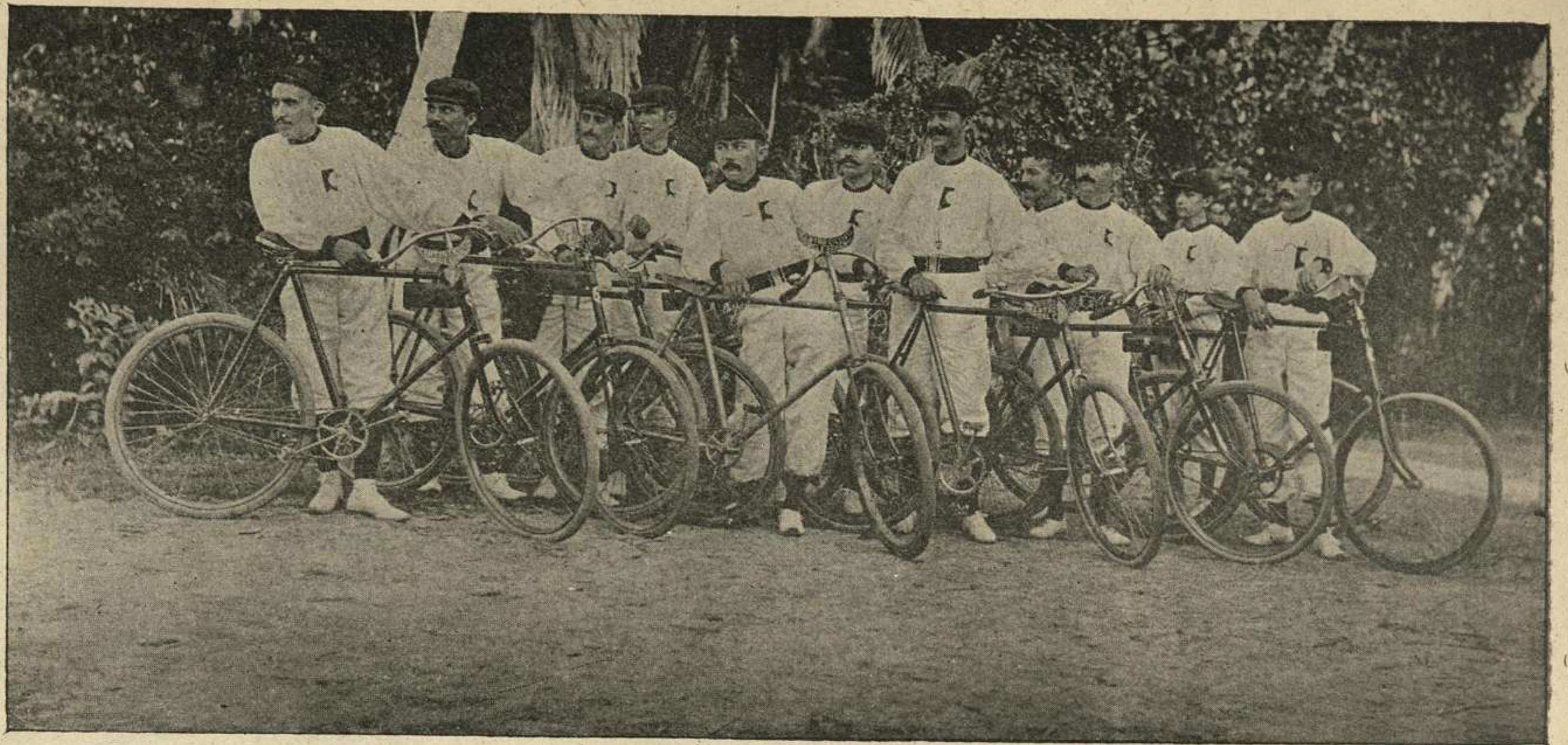
El Señor Ministro de Bélgica.

El Señor Barón de Moncheur nació en Bruselas. Es miembro de una antigua familia originaria de la parte francesa de Flandes.

Empezó su carrera diplomática como agregado a la Legación de Bélgica en La Haya, el año de 1883.

Pasó luego a la Legación de Madrid en calidad de secretario y con el mismo rango diplomático estuvo después en Viena, Berlín y Lisboa.

El año de 1892 se le nombró consejero de la Legación de Bélgica en Roma. Después de haber desempeñado las funciones de encargado de Negocios en Luxemburgo recibió en 1897 el nombramiento de Ministro residente en México y hace algunas semanas le llegaron las cartas que lo acreditan como Ministro Plenipotenciario en nuestro país en donde se ha hecho acreedor al respeto y a las simpatías del público por el acierto con que desempeña sus funciones así como por la inteligente atención con que estudia los problemas económicos que más nos interesan y a los cuales ha consagrado un folleto notable.



Club de Ciclistas de la Isla del Carmen.

EL VICE-GOBERNADOR DE SONORA.

Publicamos en otro lugar el retrato del Sr. Don Celedonio C. Ortiz, vice-Gobernador del Estado de Sonora, encargado por ministerio de la ley del ejercicio del Poder Ejecutivo de aquella entidad.

También publicamos un grabado que representa el acto de la inauguración de las tranvías de Hermosillo.

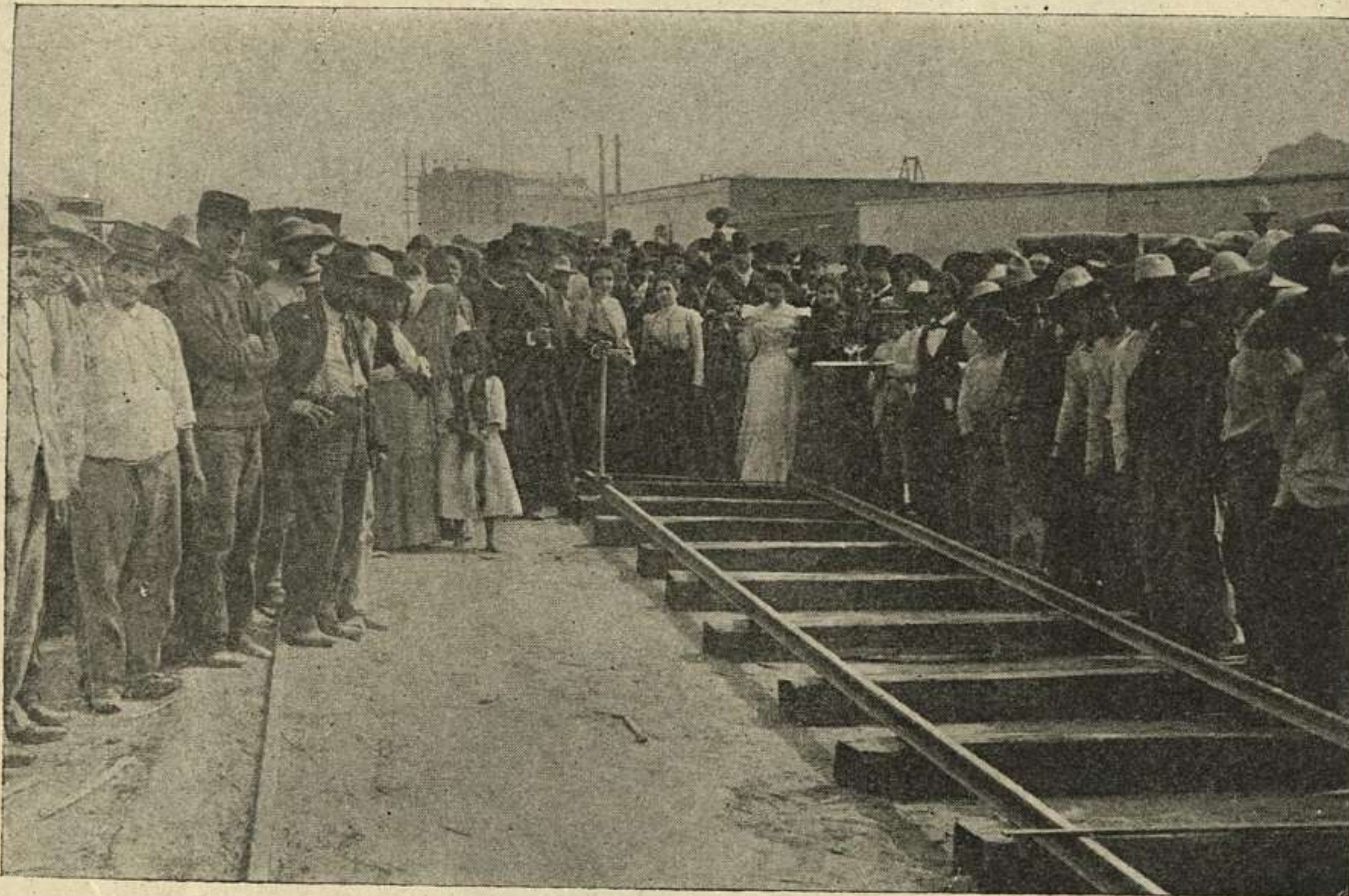
UN DESCARRILAMIENTO

DEL

Ferrocarril de Sonora.

Una persona de Hermosillo nos envía fotografías referentes al último descarrilamiento del Ferrocarril de Sonora, ocurrido al llegar el tren de pasajeros a la estación de la capital del Estado, el día 13 de Noviembre último.

El descarrilamiento causó la muerte de un pasajero y otras desgracias personales que llenaron de alarma a la sociedad de Hermosillo.



Inauguración de las tranvías en Hermosillo, Sonora

Fot. Monteverde.

TEMPLO DE LA VALENCIANA

Es notable el templo de la Valenciana, de Guajuato, por las grandes riquezas que encierra. El tabernáculo del altar es de plata extraída de la mina, así como los antiguos candelabros que se conservan todavía.

LA HIPOCRESIA SOCIAL.

Alcanter de Brahm hace en *La Critique* rápidas e incisivas consideraciones acerca de la hipocresía social. Admitido el estado de guerra como natural entre los hombres, todo vencedor someterá al vencido por medio de convenciones de obediencia, respeto

y fidelidad, reprobadas por el hombre libre, y el primer acto de deferencia llevará en sí el germen de la hipocresía. La soberanía absoluta rige por la sujeción de los súbditos al código de su hipocresía y el parlamentarismo, apoyándose en el sufragio universal, finge la soberanía popular con el espejismo del voto electoral. La hipocresía es inherente a la familia desde la primera manifestación con tendencia a la futura asociación conyugal. Los novios se ocultan sus defectos, y sometida ya a las imposiciones del Código, pone la esposa en juego toda su educación atávica para obtener por la astucia del marido cuanto en virtud de su autoridad legal y de su carácter dominante pudiera rechazar, explicándose así la inferioridad social de la mujer. El niño, con su voluntad naciente, tiende a emanciparse de los padres, y colegial, cohibido por la prohibición de satisfacer los arranques espontáneos de su imaginación, devora a hurtadillas las lecturas que se le niegan. Más tarde, en los cuarteles, en las oficinas, en las redacciones, aparece la hipocresía como mal necesario, y contrapesa los impulsos de los que se esfuerzan en esparcir la verdad, a costa de aparecer como peligrosos para la seguridad social. La madre, que con una seña hace salir a su hija del salón donde va a referirse el escándalo del día, se considera idónea para saborear las más perversas conversaciones. El entusiasmo de una educación hipócritamente teñida de idealismo, nos hace a los veinte años romper lanzas contra estas bajezas, pero la gente sensata de mayor edad, reprueba esa conducta, y cuando llegamos a los cuarenta cesa nuestro franco quijotismo, y desarmados, callamos, porque a la par que necesario, consideramos ese mal como incurable.

¿UTILIDAD O MODA?

LOS NUEVOS FINES DE LA EDUCACION

Este problema de la educación preocupa mucho los ánimos. Arturo Mailet lo trata también en *La France de Demain*, después de haber examinado los trabajos a que ha dado lugar la investigación comenzada hace tres años por *La France Extérieure*, al pedir su parecer a cuantos tuvieran algo que decir sobre tan interesante materia. Diéronse muchas conferencias



Descarrilamiento de un tren de pasajeros en la Estación de Hermosillo, Sonora.

Fot. Monteverde.



OAXACA.—Manifestación en honor del Sr. General Diaz.—Frente al Teatro Juárez.



La manifestación en la Alameda de la Libertad.

en la Sorbona, el país se conmovió, y la Cámara de diputados emitió su opinión. Maillet, que emplea en su trabajo la nota humorística, deduce de todo lo publicado la absoluta incapacidad de los universitarios para reformar la Universidad, porque casi todos ellos caen en puerilidades y sutilezas dignas de la ironía de Rabelais, y siguiendo cada cual su especialidad, recomiendan como medios soberanos ó rechazan como inútil el estudio de la filosofía, la retórica, la química, las matemáticas ó el que se les ocurre. Entiende el autor que la discusión actual puede compararse á la que sobre la equitación se entabló hace treinta años, siendo entre ambas las relaciones muy estrechas y enseñanzas semejantes.

Hubo un tiempo en que la equitación fué algo muy sabio y complicado, y en que un buen jinete obtenía más consideración que la que se otorgaba al que poseía un título académico. El prestigio de la equitación, caído con la nobleza, conservó la tradición legada por los grandes maestros, y halló asilo en la Escuela de Caballería de Saumur. El arte de montarse afinó, los caballos aprendieron á saludar, á bailar, y, graciosos y amanerados como señoras de la antigua corte, recibieron en los *carrousel*s los aplausos que desde las tribunas les mandaban los iniciados en aquel arte sublime. Los detractores del sistema decían que la Escuela de Saumur tenía por verdadero objeto educar caballos manejables, dóciles, capaces para salvar obstáculos y terrenos difíciles, inaccesibles al miedo, fuertes y ardorosos, propios para las rudas necesidades de la guerra. La equitación práctica se ponía enfrente de la equitación sabia. Los jinetes sabios, como ahora los universitarios, veían mezquindad en los otros, desdaban un trabajo puramente útil, y hablaban de un pasado glorioso inherente á la raza francesa. Los prácticos pretendían

que lo refinado se conservase entre los que quisieran cultivarlo, pero que se diese á la inmensa mayoría tan sólo lo conveniente y adecuado al fin del aprendizaje. La disputa enardeció á los contendientes, pe-



San Juan Bautista Tabasco.—Manifestación en honor del Sr. General Diaz.

ro al cabo las exageraciones se calmaron, y poco á poco se impusieron los métodos razonables que hoy, con aplauso de todos, predominan.

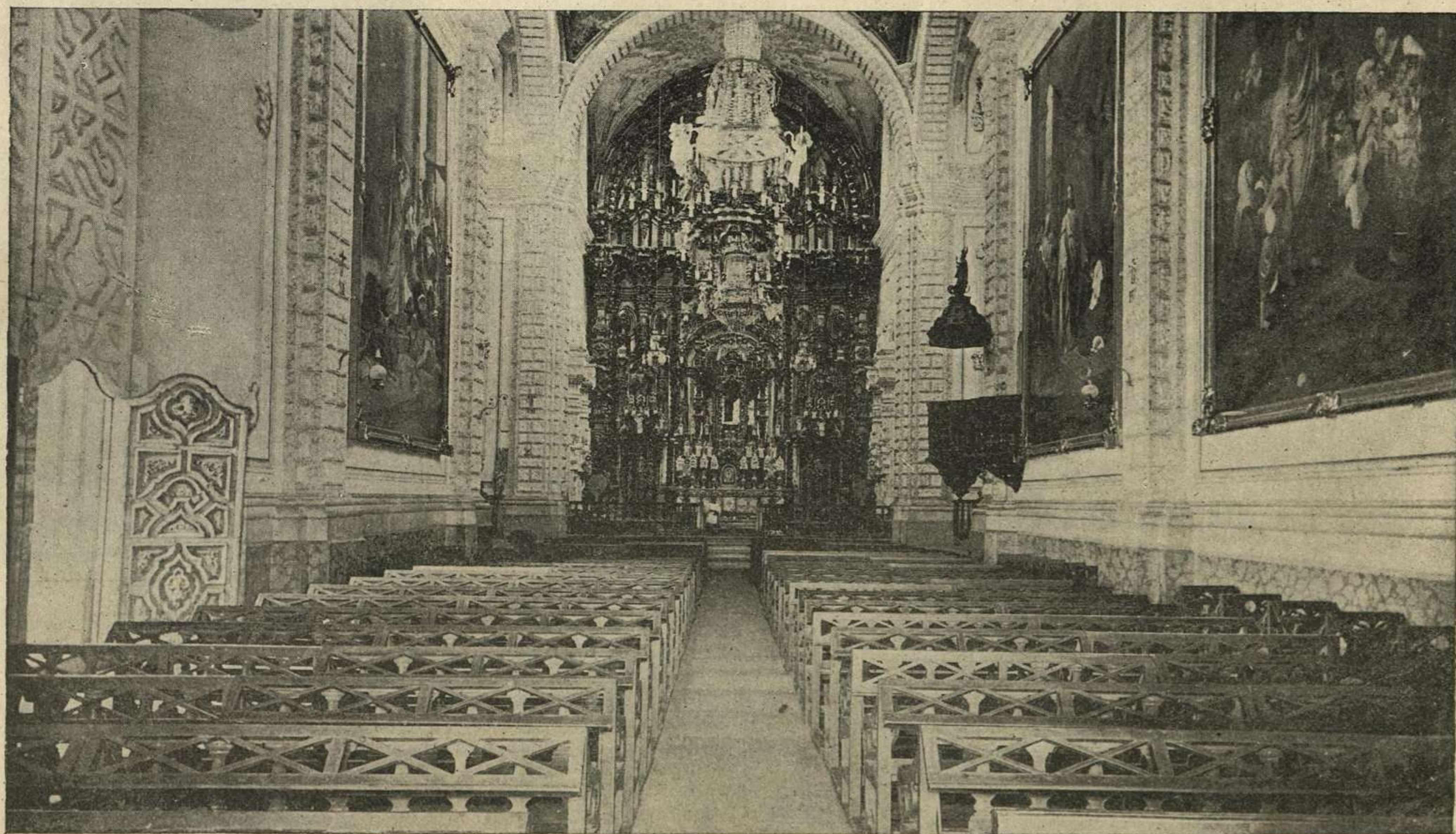
Otros ejercicios han sufrido igual transformación. Media docena de sesiones bastan para iniciar en el baile, del que hicieron nuestros abuelos casi una filo-

sofía; la espada ha destruido al florete; y si se necesitaban seis años para manejar el florete bastan seis semanas para presentar un tirador de espada aceptable. La educación general no debe escapar á esta ley, y rompiendo los moldes en que se encerraba hace un siglo debe lanzarse hacia el porvenir, sin que al adoptar los métodos que dan á Inglaterra una juventud vigorosa y emprendedora, se disminuya en nada el carácter nacional, ni se haga más que ajustarse á las necesidades del día.

EL PELIGRO FRANCÉS Y LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL.

A la cabeza de la *Rivista Política e Letteraria*, aparece, sin firma, un artículo rotulado «El peligro francés,» en el que se revela espíritu hostil á la Exposición Universal que el año próximo ha de celebrarse en Francia.

Según el anónimo escritor, y dado el lugar del trabajo, la redacción de la Revista, la realidad de una Francia desinteresada, generosa, guerreando en el mundo, convertida en paladín de la justicia, de la libertad y de la fraternidad, si ha podido existir alguna vez en el transcurso de los siglos como ideal de algunos pocos individuos superiores que encarnaban un principio humano, cual recientemente ha sucedido con ocasión del proceso Dreyfus, no ha sido, atendiendo á la masa de la nación, más que una falsa, peligrosa y nociva leyenda, lo mismo para Francia en sí misma, que para el mundo entero. No son el desinterés y la generosidad virtudes obligatorias para los pueblos; mas nadie, como Francia, ha organizado sistemáticamente el egoísmo propio con perjuicio de los demás.



Guanajuato.—Templo de la Valenciana.

Algo de esto sabe Italia, porque desde los tiempos de Pepino y Carlo Magno, y desde la fundación del poder temporal, objeto constante de la vida política francesa, y pasando por Carlos VIII, Luis XII, Francisco I, Luis XIV, la Revolución, Napoleón I, los Borbones, los Orleans, Thiers, Gambeta ó Mac-Mahón, y cuantos presidentes y ministros se han sucedido en el último decenio, sea cualquiera su nombre y origen, sólo ha visto una guerra declarada ó sorda, fundada en la conquista ó el predominio, y empresas en que Francia exigía usurario interés. Cítase con frecuencia el egoísmo de la política inglesa; pero Italia, en su renacimiento nacional, sólo debe á Inglaterra simpatías y amistad, tal vez por la propia conveniencia, pero leales y sinceras.

Carácter del pueblo francés es el de asociar la idea de patria á un irreductible sentimiento de superioridad, bárbara vanidad nacional, que le hace intervenir á título de tutela con las armas ó con la diplomacia en los asuntos de otros pueblos, no exentos de responsabilidad en el hecho por la perpetua adulación que con cualquier motivo prodigan á Francia, cantando su generosidad y desinterés á compás que acrecía en ella la tendencia egoísta y exclusiva. No es extraño que el humo del incienso provoque una aspiración permanente á la dictadura intelectual.

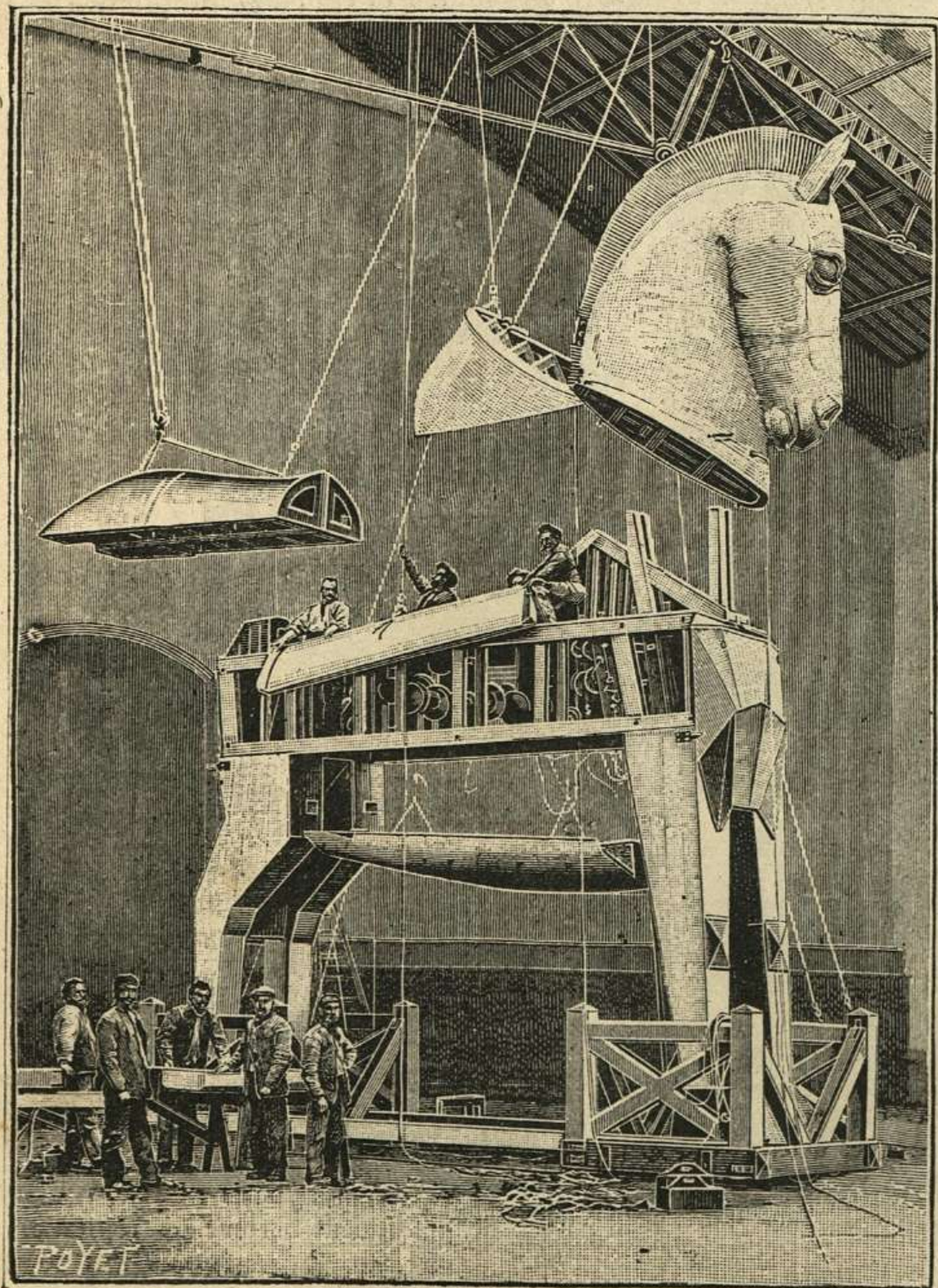
En los últimos años ha pasado la nación francesa por terribles crisis internas. A partir de 1870, se la ha visto recorrer una senda de errores, pero deteniéndose siempre al borde del abismo en que parecía próxima á precipitarse. Ha sabido sortear la guerra civil, ora le incitaban á ella los anarquistas ó los imperialistas de Boulanger, y con exquisita prudencia ha evitado los conflictos de Terranova y Fachoda. En el proceso Dreyfus la energía de algunos hombres superiores se ha impuesto, evitando el espectáculo medioeval de una proscripción judía.

Hoy la Exposición abre á Francia un período de paz y de fiesta, que la lucha antisemita ha podido trancar, como la cuestión política la Exposición de 1878. El éxito grande, inesperado é imprevisto de esta última, fué parte á una política internacional invasora, turbulenta, ofensiva, acrecida por el de 1889. Fuera prudente en la actualidad, por parte de los Estados europeos y con respecto á la Exposición, una reserva que llevaría á Francia un equilibrio mental y la consiguiente tranquilidad internacional. El festejo universal que se prepara sólo puede servir para aumentar un ansia de aventuras en que se confunden semitas y antisemitas, adversarios y defensores de la República. El peligro francés es ahora para el mundo más inminente y más grave que nunca.

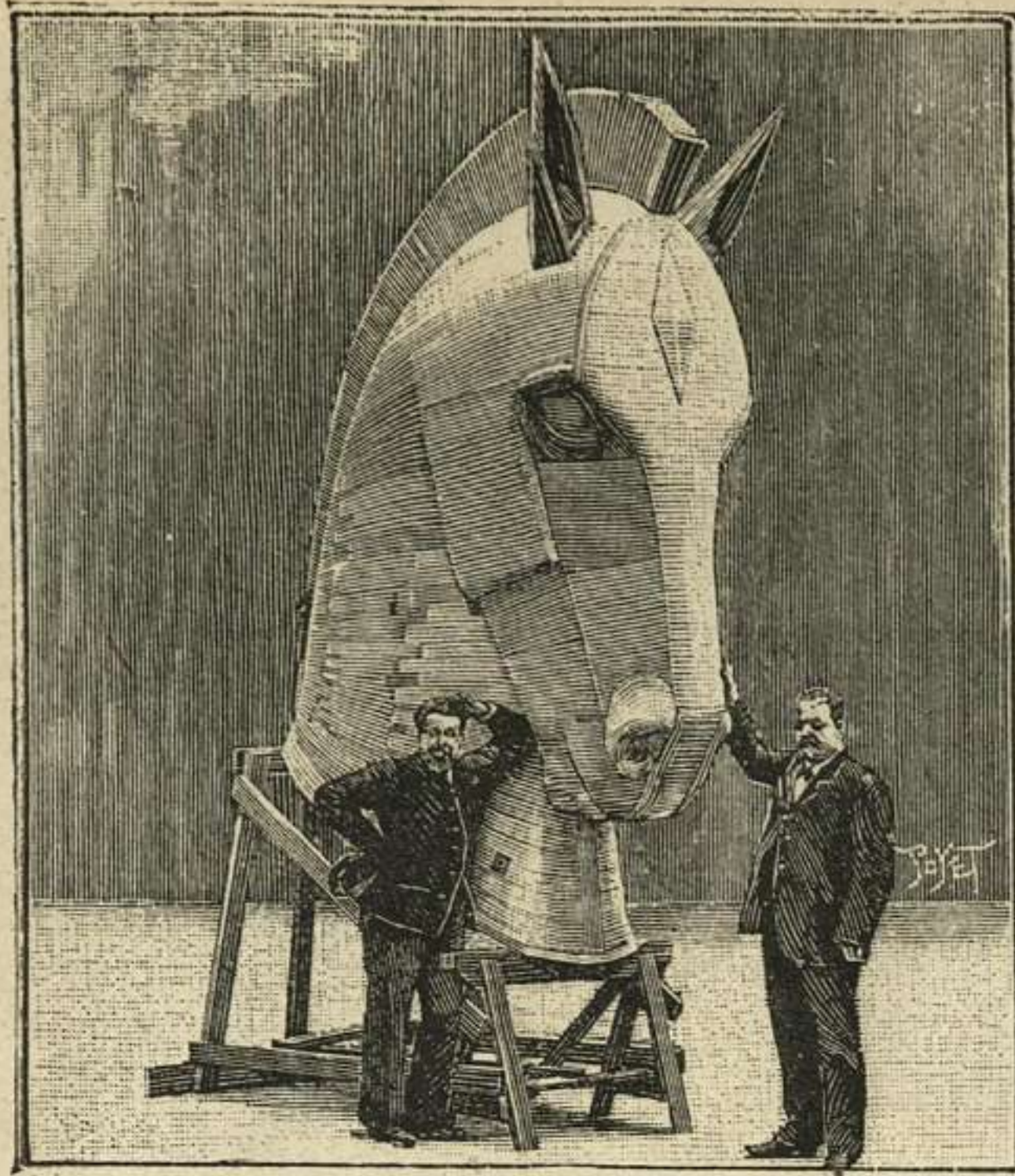
LA MAQUINARIA TEATRAL

El Caballo de Troya en la Opera de Paris

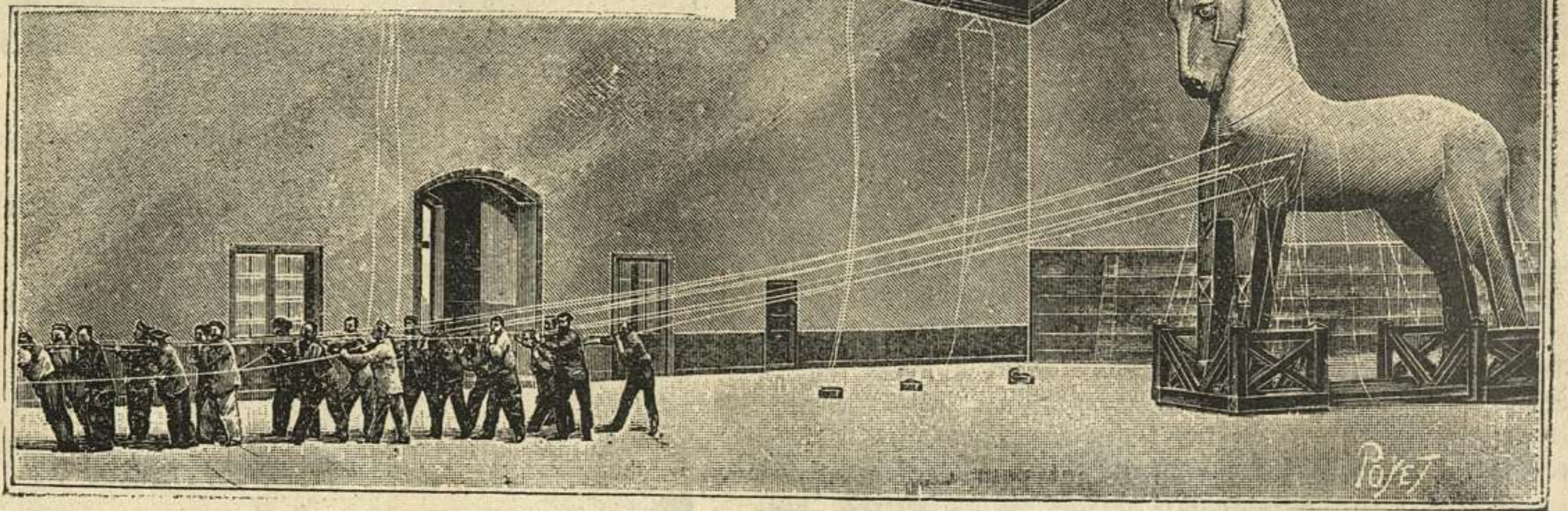
El teatro de la Opera de París acaba de montar una obra de Berlioz, cuya primera parte, bajo el nombre de *Los Troyanos*, se representó hace poco en la Opera Cómica. La otra parte, que se está representando en la Opera, se llama *La toma de Troya*.



Desarmando el caballo de Troya.



La cabeza del Caballo de Troya.



Simulacro del transporte del caballo por los troyanos.

La gran participación que toma el célebre caballo le da á la obra un carácter cómico que no carece de encanto.

Lo probable es que Homero, Virgilio y los otros autores que sobre el caso escribieron, seguían más ó menos literalmente lo que la tradición decía sobre un suceso militar que hizo mucho ruido en el antiguo continente; pero bien vista la cosa, no es de creerse que los griegos fueran tan niños para encerrar á sus guerreros más reputados en un armatoste de palo, ni que los troyanos cometieran la torpeza de permitir que entrara al recinto de la ciudad un cuartel transportable sin advertir que venía poblado de enemigos. Por otra parte, aun cuando hubiesen llegado á ese extremo de candor, dados los medios de transporte de las grandes masas con que contaban entonces los hombres, mucho tiempo se habría necesitado para conducir el caballo al lugar de su destino.

Pero los poetas y los músicos no se paran ante esas menudencias y para seguirlos á donde los lleva su capricho, se han visto precisados los hombres prácticos de fines del siglo XIX á construir el Caballo de Troya. Y ahí tenéis á M. Vallenot, el hábil maquinista del Teatro de la Opera encargado de la tarea que ha llevado á buen remate como podrá verlo todo el que pase la vista por los grabados de esta página.

Los documentos instructivos no abundan: sólo uno que otro bajo-relieve, ya gastado por el tiempo, recuerda lo que fué ó lo que imaginaron en la antigüedad que fué el caballo de Troya.

En los comentarios de *La Iliada* y de la *Eneida* se dice entre otras cosas que las piernas estaban hechas con cuatro troncos de encina joven y que el cuerpo y la cabeza eran de pino rojo. Para seguir esta descripción, los barnices empleados imitan la coloración de las maderas de que se habla en los poemas citados; el conjunto resulta, y podemos admitir que así era la máquina de guerra que construyeron los helenos para entretener sus ocios durante el sitio.

El caballo de la ópera tiene más de 8 metros de altura y descansa sobre una plataforma de 3 metros de largo por 2 ó 3 de ancho; pesa 4,200 kilogramos.

Las piernas forman la base de una gran armazón sobre la cual se adaptan el vientre, la grupa, los lomos, las costillas y la cabeza del animal; sólo ésta tiene 3½ metros y pesa más de 600 kiló-

gramos. Las narices, los ojos y la frente están esculpidos y lo demás está hecho de tablas ensambladas como las de un pavimento.

Como el Teatro de la Opera no presenta diariamente la misma pieza y un accesorio de este calibre estorba demasiado, era preciso que se pudiera desarmar el caballo; y para ello se ha dispuesto cables que corren dentro de anillos *ad hoc* y suben y bajan las diversas partes del caballo. Por lo que hace al armazón, en menos de una hora se desarma.

Sin embargo, cuando las obras representadas en la semana no exigen muchos trabajos escénicos, el caballo queda intacto, pero hay que ponerlo á un lado, para lo cual se le levanta á una altura de cincuenta centímetros y mientras algunos maquinistas retiran de allí el plano inclinado en que descansa, otros le dan una desviación de noventa grados y á una señal se le deja caer sobre otra vía de rieles perpendicular á la primera y por donde se lo llevan al fondo de la escena. Es de ver esta maniobra angustiosa para los que la presencian; á cada momento se cree que

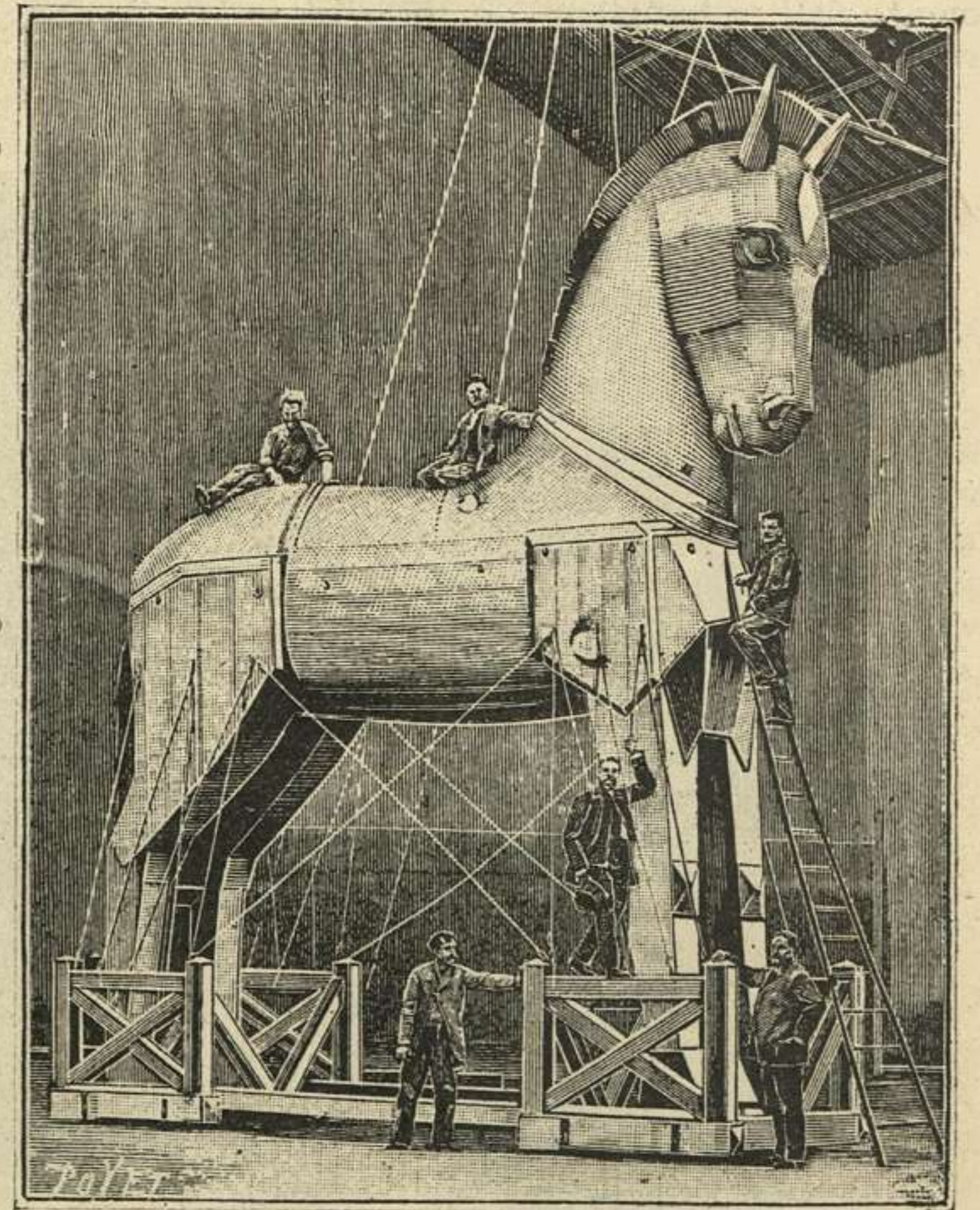
va á caer sobre los maquinistas la enorme masa suspendida de dos cables.

**

El caballo no es habitable, pues el libreto no exige la entrada y salida de los guerreros griegos delante del público; pero tiene que atravesar la escena en toda su longitud, saliendo de los bastidores á la izquierda del espectador para entrar por la brecha del muro de la ciudad en el lado opuesto.

Esto da lugar á una interesante procesión formada de troyanos que arrastran el caballo.

Como por grande que sea el escenario no se produciría la ilusión de un largo trayecto, han ideado los maquinistas el siguiente engaño: las cuerdas de que tiran los troyanos se atan al caballo, el cual se supone muy lejos (en realidad esté muy cerca, detrás de las bambalinas); pero las cuerdas estan enrolladas



El caballo.

en varios tambores instalados dentro del armazón y provistos de frenos á fin de que aquellas queden tirantes como si en efecto los troyanos arrastrasen un peso enorme.

En realidad, el caballo se mueve por la acción de las máquinas que lo arrastran sobre una vía herrada en plano inclinado para figurar el talud que conduce á los muros de la ciudad.

El efecto que produce esa masa al atravesar la escena es imponente y atestigua un éxito más de la mecánica teatral.

Damas Mexicanas.



Srta. Elena Labat de México.

Fot. de Lange.

EL HIJO DE LA TRISTEZA.

(DE HERDER).

A la orilla de un arroyuelo, que se deslizaba murmurando entre guijas de colores, estaba sentada la Tristeza, mustia y silenciosa como siempre..... Entregada por completo á sus melancólicos pensamientos, tomó distraidamente entre sus dedos un poco de barro y se puso á modelar la figura de un niño.

Pasó Júpiter por allí, y admirado de ver el trabajo á que la Tristeza se dedicaba, le preguntó:

—¿Que es lo que haces, oh diosa pensativa?

—Ya lo ves.... esto es sólo una tosca imitación de la realidad—contestó.—Pero tú, padre de los dioses, podrías si quisieras darle alma y vida.

—¿Que viva, pues, y me pertenezca!—exclamó Júpiter.

—¡Oh, no...., no me prives de él ¡es tan lindo!—dijo la diosa estrechando contra su seno á la tierna criatura que le sonreía.

Entonces dijo la Tierra:

—Este niño me pertenece, es mío, puesto que ha salido de mi seno.

—¡Esperad!—replicó Júpiter.—Aquí viene quien ha de fallar el pleito en favor de alguno de nosotros; resignémonos á acatar su decisión.

Era Saturno el que llegaba, el cual, con la sabiduría que le da la experiencia de los siglos, dijo:

—Que ese niño os pertenezca á los tres; esa es la voluntad del Destino. Tú, Júpiter, que le has dado el alma, le poseerás después de muerto. A tí, Tierra, te corresponde el cuerpo; no tienes derecho á más.... Pero tú, Tristeza, su madre, le poseerás mientras viva, nunca te abandonará y sus sufrimientos se prolongarán hasta el sepulcro.



ZARZUELAS MEXICANAS.—Personajes de «La Cuarta Plana»

Fot. de Lange.



CUENTOS DE LA DECADENCIA ROMANA

LAS CARRERAS

Dejemos que gruñan los estoicos de cráneo calvo, barbudos, bebedores de agua avinagrada! Dejemos que digan que la corrupción de las costumbres públicas y privadas ha hecho de Roma la cloaca máxima del mundo! Dejemos también que declamen los que se jactan de viejos quirites, sin tener de viejos quirites más que las cejas enmarañadas y las piernas en arco! Dejémosles que cationicen contra las nuevas sectas que van royendo en la base el culto de los antiguos dioses protectores de nuestra gloria, y que escipionicen contra los bárbaros que, poco á poco, van devorando las fronteras del imperio! Dejemos que todos esos pájaros de siniestro augurio graznen, que los destinos de la Ciudad de las Siete Colinas se acercan á su término. Dejémoslos y vívamos, porque los oráculos sibilinos nos aseguran la eternidad, porque los bárbaros están lejos, porque las costumbres son lo que siempre fueron, porque todavía nos aman los dioses, porque el imperio á pesar de todo está en pie, porque, finalmente, Roma no dejará de ser Roma mientras subsista el Gran Circo construido por Julio César, reconstruido por Nerón, hermoseado por Tito, restaurado por Domiciano, concluido por Trajano, y en donde las carreras se dan hoy ante trescientos ochenta y cinco mil espectadores.

¡Por Epona, diosa de los caballos! ¿No basta para nuestra gloria este arte de las carreras con que se entusiasma el pueblo todo, desde las clases más altas hasta los últimos infelices de la más humilde plebécula; este arte maravilloso entre cuyos adeptos se cuentan no sólo aficionados sino hasta los especialistas y los emperadores, este arte que prefirieron á todos los demás un Calígula, un Nerón, un Vitellio, un Lucio Vero, un Cómodo, un Caracalla, un Domiciano, un Heliogábalo? ¿Se ha olvidado qué prestigio le dan hechos históricos como éstos, por ejemplo: Vitellio que en su juventud se dedicó á curar en las caballerizas de los azules; Calígula que regaló dos millones de sestercios al cochero Eutychio que era del partido de los verdes; el mismo Calígula que quiso nombrar cónsul á su caballo Incitatus? ¿En suma, no tendría yo razón para decir que quien niega la grandeza de las carreras es porque está enteramente ciego, toda vez que

el Gran Circo es por sí solo grande como una ciudad y toda vez que Roma posee unas doscientas estatuas que representan cocheros de circo?

¡Oh, grandeza de las carreras! ¡Y sus delicias, y su embriaguez, y los esplendores de semejante espectáculo, y los encantos sin número que en ellas encontramos!... ¿quién pudiera pintarlos á no tener, á la vez, el soplo épico del viejo Ennio, la gracia descriptiva de Virgilio Marón, la abundancia de Ovidio Nasón, la precisión de Manilio, el ingenio de Marcial? Y no obstante, ¡oh suaves y feroces placeres! ¿quién puede haberlos gustado sin desear pintarlos?

En cuanto se llega al Circo, en sus alrededores, bajo el vestíbulo de arcos, ya se está en medio de la fiesta y del goce, con la multitud que pulula tumultuosa, y se empuja frente á las popinas que humean con las frituras, á los mostradores de quienes venden vino, á los acróbatas que lucen su fuerza y su destreza, á los astrólogos y á los brujos vendedores de pronósticos, á las danzadoras gaditanas que mueven la cadera y el vientre al martilleo de los crótalos y al resonar de los tamboriles. ¡Ah, cuánto mienten los que afirman que ahora hay desprecio para los antiguos dioses! No tienen sino venir aquí para ver con qué fervor se hacen sacrificios á Baco, á Ceres, á Venus y al rojo niño de Lámpsaco!

Empero ya estamos en el Circo, al que hubimos de penetrar sin trabajo, no obstante la multitud de los que llegaban, gracias á tantos vomitorios sabiamente dispuestos. ¡Qué inmenso hormiguero de cabezas el de esas gradas en forma de anfiteatro y cuyas últimas filas tocan al cielo! Dada esa luz que tamiza el velario de color de azafrán, dijérase una cesta de flores humanas dispuestas en crátera; y de esta crátera salen risas, gritos, canciones, llamadas, en continuas explosiones que zumban y crepitan, que se hinchan de súbito y estallan como una fanfarria cuando los consulares ó las Vestales, ó tal mimo célebre ó cual cortesana admirablemente hermosa, entran, y sobre todo, cuando César se sienta en su palco y con el esplendor flameante de la pedrería finge que el Sol ha descendido sobre la tierra.

Y decir que todos esos ruidos se apaciguan: primero un gruñido sordo semejante al lejano estrépito del mar, luego un murmullo ligero, y al fin un profundo silencio en que únicamente se oyen los latidos de tantos corazones, en cuan-

to se ve aparecer en el balcón que domina la entrada principal al que preside las carreras y que arrojará en la arena el sudario blanco, solemne señal de la salida! ¡Oh! Entonces todos los rostros se ponen graves, todos los cuerpos rígidos, en inmóvil actitud de estatuas; todas las miradas se dirigen hacia las barreras tras de las cuales piafan los caballos impacientes! Esa es la concordia entre los ciudadanos, la perfecta concordia en que trescientas ochenta y cinco mil almas se funden para ser una sola alma, la propia alma de Roma.

Bruscamente alza el vuelo el sudario, rechinan los cerrojos, se abren las barreras, salen las cuadrigas por el espacio abierto y con ellas y á la vez truena el clamor unánime de todo el pueblo que saluda á los concurrentes, á esos héroes, á esos dioses, á los sublimes cocheros.

Sólo los filósofos ó los pontífices, hábiles para penetrar los arcanos de las cosas, podrían decir qué significan los colores de las facciones; por qué, en el origen, nada más había blanco y rojo; cuándo y por qué misterio se agregaron el verde y el azul; cómo, é inútilmente, intentó Domiciano añadir el púrpura y el oro, y qué ley del Destino quiso que no quedaran sino dos: el verde que representa la tierra y el azul con que se figura el cielo. En cuanto á mí, sólo sé una cosa: que frenética é inquebrantablemente orgulloso, porque en esto sigo á los emperadores Calígula, Nerón, Lucio Vero, Cómodo y Heliogábalo, estoy por la facción verde; y si algún día Roma debe perecer, sea cuando definitivamente triunfe la facción azul! Así entiendo mis funciones de ciudadano romano y la gloria de Roma.

Pongamos punto á las disertaciones y continuemos describiendo la carrera que, entre torbellinos de polvo, va á todo empuje. Verdes ó azules, los cocheros sublimes son lo más bello que pueden contemplar los ojos de los mortales. De pie sobre sus carros ligeros, pequeños y de dos ruedas vertiginosas, con las túnicas cortas y sin mangas, con los gorros que cuelgan sobre la frente y azotan las mejillas, con los crujientes látigos y con los amplios cinturones en donde se enrollan las riendas y de donde cuelga el cuchillo destinado á cortarlas en caso de caída, los cocheros son la imagen misma de Apolo, ó para decirlo mejor, son todas las encarnaciones vivas de él. Quien no vió correr á los sublimes coche-

ros en el Circo, ignora lo que es el esplendor del más espléndido de los dioses olímpicos.

Al dar vuelta al límite del fondo, allí sobre todo, se eleva el alma al verlos, en medio de ese esfuerzo siete veces renovado á cada carrera, y con peligro cada vez mayor, á medida que los caballos van juntos más arrebatados y con mayor fatiga, ebrios de su propia fuga y de los golpes que los fustigan, y de los clamores del Circo entero exaltado con las maravillas del vol-tear. ¡Nada más admirable entonces que el co-cherero inclinado sobre el caballo de mano y rete-niéndolo mientras que azuza á los otros tres pa-rra que el carro sólo roce el poste y no detenga á la rueda! ¿Hay algo más trágico, más adecuado para sobresaltar el corazón que el choque—sucede á veces—de una rueda contra el poste, que el carro despedazado en el momento, y que el

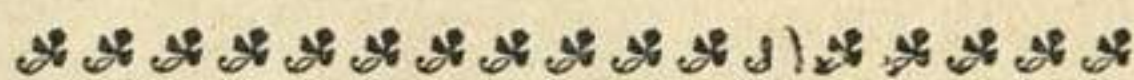
cochero que cae entre las patas de los caballos, en momentos en que otro carro se precipita so-bre esos obstáculos imprevistos, y que un ter-cero y un cuarto vienen á estrellarse, formando así en un minuto, los caballos, los carros, las riendas, los animales y los hombres una mezcla horrorosa y magnífica, convulsa, intrincada, mul-ticolora y multiforme que se muere en medio de una nube de polvo de oro, sobre el amarillo tapiz de la arena que purpura manchas de sangre y que semeja la piel de un león constelada de an-chos carbunclos? ¿Hay algo que embriague más que el delirio del momento augusto en que la vic-toria se decide, cuando la multitud entera pue-sta de pie, gesticula, vocifera, au'la y desenca-dena huracanes de cólera y de entusiasmo?

¡Vengan, pues, si deben venir, los días anun-ciados por las aves de siniestro augurio! ¡Conti-

núen las nuevas sectas royendo en su base el cul-to de nuestros antiguos dioses! ¡Acaben los bár-baros de devorar nuestras fronteras! ¡Encamí-nense á su fin los destinos de la Ciudad de las Siete Colinas! ¡Qué importa! ¡Dejemos que digan y que hagan, y vivamos! No será la generación de hoy la que vea esas cosas fúnebres. Y, entre tanto sucede eso, Roma sigue siendo Roma, la única Roma, la prestigiada y prodigiosa Roma, la Roma en donde se levantan mil doscientas es-tatuas de cocheros, la Roma en donde los empe-radores guiaron carros, la Roma en donde un caballo estuvo á punto de ser Cónsul, la Roma, en fin, donde cuando se dan carreras en el Gran Circo, trescientos ochenta y cinco mil especta-dores son los pétalos vivos de esta colosal rosa de mármol.

JEAN RICHEPIN.

EL RETRATO SOBRE LA PARED DESNUDA.



En aquel aposento donde me alojé en los pri-meros días de ese invierno tan crudo, había que-dado un retrato de mujer, sin cuadro, clavado en la pared de la pieza que iba á ser mi cuarto de trabajo. Lo miré apenas, en tanto que los cria-dos ponían mis muebles en su lugar. Rostro bo-rrado, vago, una pintura mediocre. El anterior



locatario, pensé, olvidó este retrato y vendrá por él dentro de un momento ó mañana. Resolví dejarlo allí y no tocarlo; tal vez sería precioso á quien viniera á reclamarlo. Pero nadie lo recla-mó. Como dos días más tarde me sentara ante mi mesa me molestó á la vista. Llamé: ya mi criado se lo llevaría y lo refundiría en algún rin-cón. Esperando, lo contemplé con atención; y cuando al llegar el criado me preguntó: ¿Qué desea el señor? Nada, le respondí. Porque se me figuraba que reconocía no aquel retrato sino la mujer cuya imagen era.

Si, la reconocía, segura, indudablemente. ¿Quién era? No lo hubiera podido decir. Aquellos cabellos castaños sin brillo, aquella fren-te un tanto amarillenta, muy lisa, atravesada por una sola arruga, aquellos ojos que tenían el azul gris de los lagos poco profundos ¿dónde los había visto, vivos? no lo sabía. El verlos me cau-saba una melancolía que no carecía de dulzura, y al mismo tiempo me pareció que flotaba en el aire un olor de fuego extinto, de ceniza, como si el viento que se colaba por la chimenea hubiera esparcido en torno mío, sobre mí, antiguos recuer-dos.

Oh! exclamé.

Sí, era la semejanza, evidentemente debida á la casualidad, perjudicada además por un pintor torpe, de la tierna amiga, amante casi maternal, de la dulce consoladora que con sus brazos siem-pre abiertos á mi llegada, siempre clemente en mis faltas, fué el caro arrullo de mis primeras fa-tigas y mis primeros arrepentimientos.

¿Dónde estaba? donde están los muertos. Aquel olor á ceniza que había llenado el cuarto era tal vez el perfume de su lejana tumba. A través de mis lágrimas más vagamente veía el retrato.

Después tuve un temor: que se me quitase aquel retrato. Pero pasaron muchos días sin que tuviera noticia del locatario anterior y acabé por per-suadirme que el lienzo era mío. Le puse un cua-dro de madera negra, pero no lustroso, donde coloqué un ramito de esas flores que pareciendo muertas no se marchitan. Era el sosiego de mis horas inquietas, tener allí, frente a mí, muy cer-ca, á la dulce y consoladora amiga.

Pero una vez que, obligado á un trabajo noc-turno, había encendido todas mis lámparas y las bujías de cuatro candelabros para que hubiera claridad bastante, no pude al levantar los ojos ha-cia el retrato, retener un grito de sorpresa. No, no, ya no se parecía á la maternal amante de mi adolescencia. ¿Qué engaño ó qué ilusión me hi-cieron reconocerla en él? Por borrado que estu-viese, culpa del torpe pincel, se asemejaba, no podía dudar, á la resplandeciente y maravillo-sa criatura que en un año de goce y de gloria encantó mis ojos é inflamó mi espíritu. La ilumi-nadora de mis viriles años triunfantes, extinta ¡oh! hace tanto tiempo, estaba allí, ardiente-mente bella, como un astro vuelto á encender. Y estaba seguro de ello, aunque viese mal el re-trato en aquel deslumbramiento.

Durante algunas semanas, dormí durante el día y trabajé por la noche. ¡Oh! si me dejaran el retrato. Le había hecho un cuadro de oro, ra-diante, donde ardía un ramillete, cada día reno-vado, de lirios de oro y de sangrientas adormide-ras. Y cuando veía extinguirse mi genio lo re-avivaba á la llama de la resplandeciente y mara-villosa criatura.

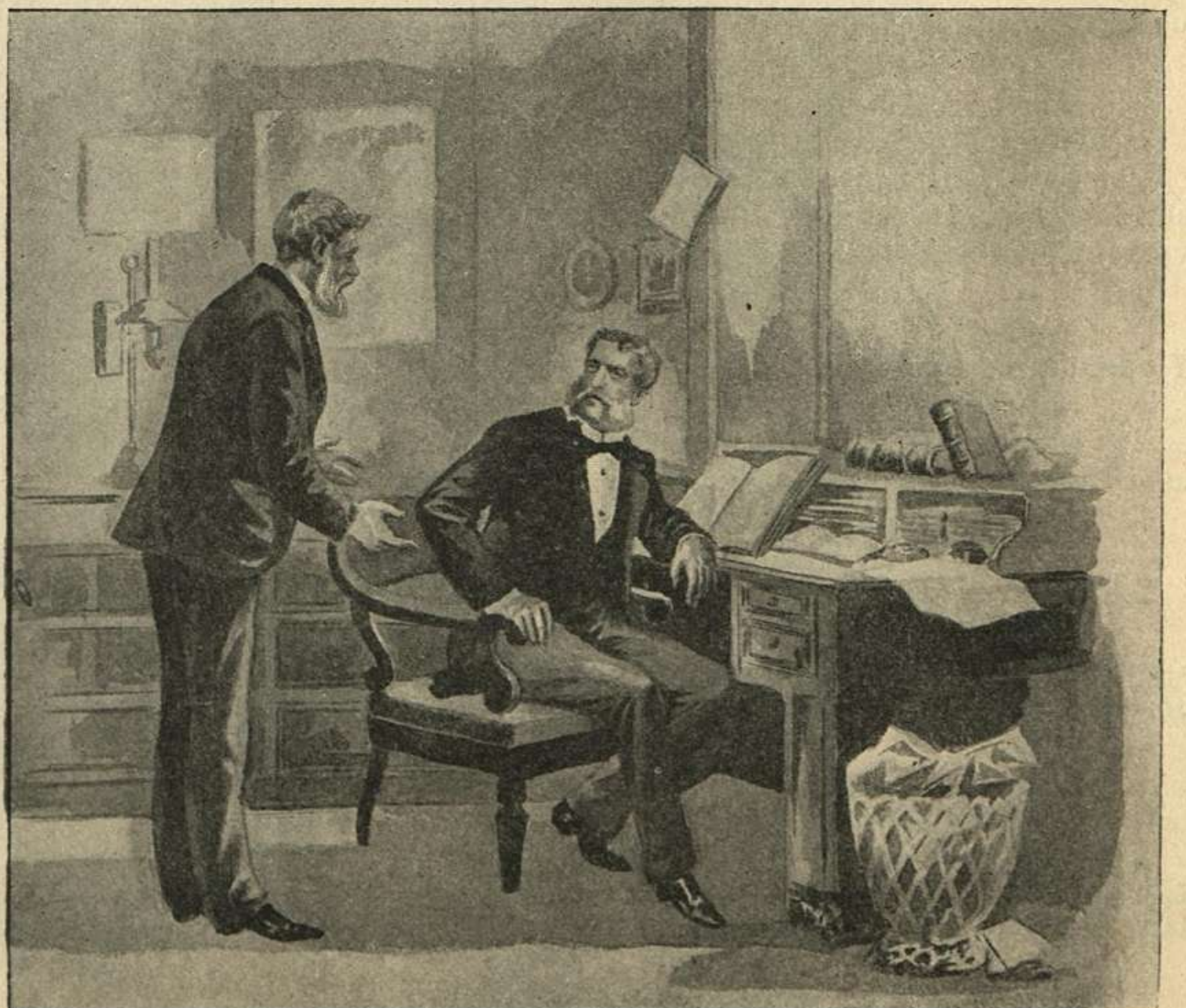
Pero una vez que, ago-biado por el estéril es-fuerzo de los desgarradores y penosos traba-jos por la ideal obra nunca acabada, me ha-bía dormido con la cabe-za sobre la mesa, tuve, despertado por la luz del alba, una extraña sorpre-sa viendo el retrato. Y pensé que durante mucho tiempo había estado loco. No, no, no tenía nin-guna relación con la be-lleza de la espléndida amante y de la lumino-sa inspiradora! Aquella vez ví, al pálido rubor de la aurora, poco esquisi-ta es cierto, demasiada humanizada tal vez por un pintor poco idealis-ta, á la deliciosa criatura que, siendo tan niña, y tan casta se dignó amar-me, siendo yo casi vie-jo, y que con su primave-

ra hizo el sol de mi otoño. Ella también había muerto ¡ah! como mueren todas. Pero la volvía á ver, en la ingenuidad de su juventud próxima, semejante á todo lo que será flor, canto, rayo, y no lo es aún. Estaba seguro de ello, aunque ape-nas me fuese visible al través de las lágrimas que tenía en las pestañas como un rocío matinal.

Durante varios meses, trabajé á las primeras claridades de la mañana. ¡Qué desastre si el an-tiguo locatario me hubiera pedido el retrato! En el cuadro de madera pintada de blanco ponía, cada aurora, una pequeña margarita, una sola mar-garita, ó un lirio silvestre ó una eglantina apenas sonrosada; y bajo el seráfico candor de la deli-ciosa niña que se dignó amarme, siendo ya casi viejo, mis poemas se llenaban de un aliento fresco como la brisa, y de perfume de rosa que no ha reventado aún.

Pero poco á poco me entró el desdén de las obras antes realizadas y el fastidio de las obras futuras. Ya hacía largo tiempo que estaba aloja-do en el aposento donde el locatario anterior ha-bía dejado el retrato. Y cada día se parecía me-nos aquel retrato á la niña muerta, algún tiempo resucitada en él. Bien pronto ya no se le pareció nada. ¿Sería que habría recobrado los rasgos de la triunfal amante ó de la maternal amiga? No, ya no se asemejaba á ninguna de las que amé y que me amaron; no se asemejaba á nadie. Ya no veía en él más que cabellos castaños sin brillo, una frente un tanto amarillenta, muy lisa, atra-vesada por una sola arruga y unos ojos que te-nían el azul gris de los lagos poco profundos. Y ya no pensé en él, ya no lo miré; no hubiera sentido ninguna pena si hubieran venido á lle-várselo.

Sin embargo me asombré, sin tristeza, por otra



parte, un día (¡cuánto tiempo había pasado desde que habitaba allí!) un día que, alzando los ojos noté que el retrato no estaba en el muro. Llamé á mi criado que se había envejecido á mi servicio; tenía los cabellos blancos como yo; le pregunté:

—¿Ha venido el antiguo locatario?— Pareció sorprendido.

—No, señor, respondió, no ha venido nadie.
—Entonces, volví á preguntar ¿quién se ha llevado el retrato?
Me vió como quien ve á un loco.
—¿Qué retrato?
—El retrato que estaba en esa pared.
—No ha habido ningún retrato en la pared, me dijo.

—Bien, es posible, respondí, retírate.
—Y no me entristecí. No hay aposento nuevo donde para aquellos cuyo corazón vive aún, no traiga el recuerdo cambiantes imágenes; pero después de los años viene al fin el invisible olvido que se lleva los retratos de la pared desnuda.

CATULLE MENDÉS.



De "El Jardín de los poetas."

ANDRES CHENIER

De cólera sublime el alma llena
y de piedad ardiente,
defiende al rey, con ímpetu valiente,
cuando el furor contra el monarca truena.

Y á prisión reducido, se enamora
de cautiva hermosura
que, olvidando la propia desventura,
por las desdichas de su patria llora.

El rostro de la bella, dolorido,
y su seno de nieve
dignos son de inmortal bajo relieve
en pentélico mármol esculpido.

Arde el sol en la rubia cabellera;
la luna en su mirada,
y en su frente más pura y nacarada
que la concha en que Venus la luz viera.

Junto á su amada tiembla de alegría
y de pasión el vate,
y es su cerebro arrulladora late
la paloma torcaz de la poesía.

Y grita ante el fantasma de la muerte
cuando fiero le acosa:
«Quiero vivir para mi joven diosa;
quiero vivir por defender su suerte.

«Quiero vivir—después con ira clama—
por saciar mis furoros
azotando á los viles opresores
de la nación, con látigos de llama.

«Quiero ¡oh franceses! conservar la vida,
para teñir mis manos
con la sangre infernal de los tiranos
y escupir en su frente maldecida.»

Y cuando, en tarde lúgubre y helada,
al patíbulo sube,
en los espacios flota negra nube
cual funeral bandera desplegada.

Y Chenier, sofocando sus querellas,
dice en la Guillotina:
«¡Muero por la verdad, virgen divina,
coronada de abrojos y de estrellas!»

Del crepúsculo rueda á la vislumbre
la cabeza del lírico valiente,
y, en copioso raudal, su sangre hirviente
salta sobre la fiera muchedumbre.

MANUEL REINA.

LUNATICA.

Hasta yo que amo exaltado
las neurosis de la lucha,
me hipnotizo entre las redes
de esas tus miradas húmedas:
¡sonámbula de los cielos!
¡sirena de las alturas!

Cuando rondando las nubes
vas, con tu rostro de viuda
y con tus gasas de novia,
recuerdo las aventuras
de las damas que escondidas
van á las citas nocturnas. . . .

Tú, que eres la rosa blanca
sobre el mármol de la tumba,
así pálida y enferma
quizás tus pecados purgas.
¡Oh, física inconsolable,
traviata de las penumbras!

Tú eres la pálida diosa,
que ebria de opio, triste y mustia,
hace mil telas de araña
y mil siluetas esfuma;
y duerme, y duerme, soñando
con fantasmas y con brujas. . . .

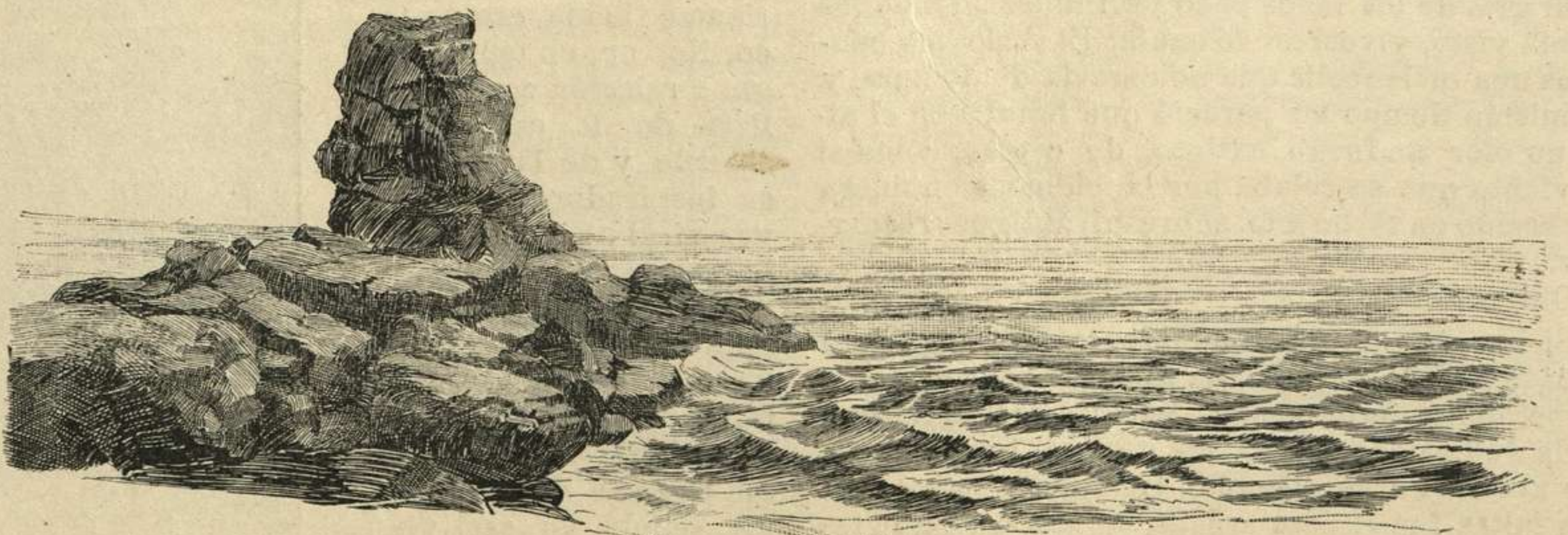
Vas y vuelves y te alejas,
y apareces y te ocultas,
siguiendo exóticas ansias,
trazando invisibles curvas,
¡con la blanca frente erguida
entre la estelaria chusma!

Copa de un festín volcada
por la embriaguez de la altura,
derramando eternamente
eucarísticas espumas
y nítidos azahares
en adormecida lluvia. . . .

Por tu faz desencajada
y el beso que te circunda,
eres un copo de nieve:
algo así como la urna
en que yacen las cenizas
de las estrellas difuntas. . . .

Tal vez, tal vez—¡oh misterios
íntimos de la Naturaleza!—
tú eres la lente fantástica
con que un ojo enorme estudia
los microbios infinitos
y las monstruosas burbujas. . . .

JOSÉ S. CHOCANO.



LAS MANOS

Más suaves que un bálsamo, mis besos
Fervientes han ungido su blancura,
Y en mis rimas elogio su hermosura
Sin igual en los Paros y en los yesos.

Cuando hundes su marfil en tus espesos
Cabellos, las empapas de frescura,
Y mis fastidios sabe su ternura
Cambiar en inefables embelesos.

Bajando de su palma bendadosa,
Cuando estoy triste siento en mi ardorosa
Frente un haz de caricias boreales,

Y en las noches, calmando mis anhelos,
Las miro levantadas á los cielos
Mostrándome los astros inmortales.



LOS OJOS

Felinos y traidores como el viejo
Mar, su calma engañosa me fascina,
Y veo en su llanura cristalina
Cruzar mis ideales en cortejo.

En sus aguas serenas, un reflejo
Verdiobsuro dibuja la divina
Esperanza, y como una golondrina
La ilusión raya el ónix de su espejo.

Mirando su cristal pérfido y hondo,
Presiento tempestades en el fondo,
Zafiros y coral en sus arenas,

Y al abismo atrayendo mis miradas,
Saliendo de sus ondas hechizadas
Oigo el canto traidor de las sirenas.

EFREN REBOLLEDO.